DISCURSOS

PRONUNCIADOS

EN LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CON MOTIVO DE LA ADMISION

DE

D. FERMIN DE LA PUENTE Y APEZECHEA

COMO INDIVIDUO DE ELLA.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. SANTIAGO SAUNAQUE,
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 11.

1850.



Señores:

Al presentarme en este lugar, á rendir á la Academia el humilde tributo de mi reconocimiento, por la insigne é inmerecida honra que me ha dispensado, asociándome á sus tareas, las sensaciones que principalmente experimento, son de filial respeto y de cierto religioso temor. Debo aquel á la Academia, á quien aprendí á profesarlo desde los primeros años de mi vida, ya como al primer cuerpo literario de la nacion, ya porque á ella pertenecian, y viven en mi memoria constantemente unidos á su nombre, varones ilustres, á alguno de los cuales, el Sr. D. JOSÉ MUSSO Y VALIENTE, tuve por padre, á otros por maestros; y á quienes, en momentos tan solemnes para mí, busca mi corazon en estos escaños, por mas que sepa que por desgracia no los han de encontrar en ellos nuestros ojos. Y aun por eso dije que vengo tambien penetrado de religioso temor; porque la Providencia me ha reservado el grave encargo de ser quien en los anales de la Academia consigne el imperecedero recuerdo de uno de ellos, del sabio, del ilustre

académico, de mi querido maestro el Sr. D. ALBERTO LISTA Y ARAGON. Recordar su falta digo, porque su inmenso vacío, nadie, y yo ménos que nadie, pudiera pretender venir á llenar en este recinto.

Quisiera yo, señores, que la costumbre de esta sabia corporacion me permitiera tomar como única materia de mi humilde discurso, el análisis, aunque sucinto, de las obras del grande escritor, del ilustre poeta, del universal maestro: seguro de acertar en lo que dijese, aunque poco, como suyo fuera. Pero ni á ello me autorizan los hábitos ni los precedentes de la Academia, ni por ventura sería bien que con tosco pincel desluciese yo un cuadro tan vasto, y de tanto interes en la historia literaria de nuestra patria, y por lo tanto, á mayores y mas dignos alientos reservado.

Pero prescindir de él enteramente, y buscar un asunto diverso, aunque conexionado con la índole de estos cuerpos, filológico por ejemplo, para llamar sobre él la atencion de la Academia, si por una parte argüiría en mí cierta especie de ofensa á la piedad filial, que me liga con aquel varon insigne; ni carecería de desabrimiento para vosotros, que nada nuevo habríais de oir en él, ni dejaría de echar sobre mí cierta sospecha de un atrevimiento, no mas desigual á mis fuerzas, con serlo tanto, que ageno y apartado de mi ánimo. ¿Qué cosa habría en efecto mas fuera de propósito, que tratar de excitar á la Academia á nuevos trabajos, y pretender dirigirla advertencias y aun consejos, quien, de ellos principalmente necesitado, solo pudo presentar por títulos á la misma cuando solicitó su admision, su veneracion constante, y su deseo de aprender entre vosotros el hermoso lenguaje de nuestros padres, purificándole de tanta liga extranjera y de mala ley, con que los profanos solemos rebajar sus quilates?

Resuelto estaba, pues, con bien afirmada resolucion á no incidir en lo que en mí fuera rebelion y descortesía; pero no por eso fijo en la materia que habia de tratar: hasta que la contemplacion del gran modelo que tenia delante de la vista, despertó en mí una idea, que al mismo tiempo que me parece proporcionada á la ocasion, y por su misma amenidad, á propósito para esparcir algun agrado sobre la aridez y poquedad de mis palabras, me ofrecia la ventaja de celebrar los timbres literarios del suelo que miro como mi patria, y sobre todo la de recoger en él los gratos recuerdos de mi tan amado como ilustre predecesor.

Me propongo, señores, hablar del carácter de los poetas andaluces, y de la influencia que han ejercido en la literatura patria: asunto vasto á la verdad, pero que no sé que ántes de ahora se haya tratado por nadie de propósito.

No vengo á reclamar para los poetas andaluces, no digo el privilegio exclusivo, pero ni aun el patrimonio vinculado del genio. Ni en la literatura, ni en la historia encuentro nada mas funesto, porque nada es mas distante de la verdad, que el tema obligado de los elogios. Cercana está la época en que á pocas provincias de España concedia el exclusivismo de algunos la gloria poética y los halagos de las Musas. ¡Cómo si tan septentrionales fueran las de tan rica herencia desposeidas; y como si á paises ménos favorecidos del sol, no inundara á torrentes la poesía! Mas despues de esta sincera declaracion, séame lícito reclamar para aquel hermoso pais, que se dilata desde Sierra-morena al mar, muy rico dote, muy ámplia participacion en todas las glorias, en todas las vicisitudes de la nacion; en todas dije, en las políticas; en las militares; en las artísticas y en las literarias tambien. Y en ellas, siempre con una tenden-

cia, con caractéres uniformes, y entre sí en diversos grupos, con constantes signos y notables diversidades, señalados. Efectivamente, señores; el suelo de la Bética no es inaccesible á las armas romanas, como por largo tiempo lo fueron las asperezas de los montes cantábricos; pero Itálica no solo envia trigo y tesoros á sus señores, sino Césares que manden al mundo, y triunfen en el Capitolio (1); á Córdoba no le basta hablar el lenguaje que en ella introdujeran: sus hijos, siempre españoles, cordobeses siempre, son los filósofos, son los poetas que enseñan á Roma, que la enaltecen y la ilustran (2). La patria se hundirá en las orillas del Guadalete; y si no renacerá en ellas, sino en las alturas de Covadonga, en los muros de Granada llevará á cabo la emancipacion española una de las mas grandes de sus Reinas, que allí ha de conquistar todas sus glorias, hasta la de la confianza mas generosa en el genio que han presenciado los siglos, y la de dar sus alhajas y galas femeniles por precio de un mundo para la Fé, para la historia y para la dominacion de Castilla. En los campos de Jaen se lidiarán las grandes peleas de las Navas de Tolosa y de Bailen; y si despues á mas recientes sucesos descendemos, ¿qué otras provincias se atreverán á disputar á Andalucía la palma, al ménos en el número, de los hombres insignes en la gobernacion, en las armas, en las letras, en el parlamento, en el foro, y hasta en la escasa literatura de nuestros dias?

(1) Sola novum Latiis vectigal Iberia terris
Contulit Augustos. Fruges, æraria, miles
Undique conveniunt, totoque in orbe leguntur:
Hæc generat qui cuncta regant.

CLAUD. *De Laud.*

(2) Turdetani, maximé qui ad Bætim sunt, planè Romanos mores assumpserunt, ne sermoni quidem vernaculi memores, ac plerique facti sunt latini; parumque abest quin omnino Romani sint facti.

STRAB., *lib. III.*

Perdonad, señores, esta digresion, que no es apasionada, como á alguno habrá parecido, ni tan agena á nuestro propósito, que de ella no se derive la primera máxima histórica y literaria que creo deber consignar. No: en Andalucía no se hará ninguna restauracion. Ni la patria ni la literatura han renacido en el Guadalquivir. Dios, que reparte con igualdad sus dones, dió al Norte energía para inocular la vida en los seres morales que decaen, en los principios que se debilitan y se pierden; al Mediodía, el singular privilegio de vencer á sus vencedores, de asimilarse, y de pulirlo y de perfeccionarlo todo, las ciencias y las artes; los hombres y las razas; las leyes y las instituciones.

No pidamos, pues, á los poetas andaluces el atrevimiento con que el autor del poema del Cid, si bien distante de aspirar á cuanto este título exijiría, se lanza á entretejer las flores de una poesía naciente á la crónica del héroe castellano, dando á nuestra literatura la infancia de Hércules, y proponiéndole una empresa, que, por desgracia, despues de tantos siglos no ha encontrado todavía suficiente continuador. Ni esperemos tampoco el grande esfuerzo que con tan dulces y delicadas formas hace Garcilaso para connaturalizar en su patria la literatura, que á la sazon llevaba la palma entre todas las de Europa.

Pero veamos cuan hábil para perfeccionar, cuan delicada para sentir es la escuela sevillana; y cuan rica, vigorosa y lozana para pintar, y cuan acomodada para engrandecer, y poderosa para destruir sea la poesía cordobesa.

Mas no anticipemos juicios, ni formulemos de antemano un sistema; y pues en el que esto escribe, tal cual es, ha provenido de la observacion, no nos desviemos de nuestro camino, y veamos si por aquella ve-

nimos á dar en lo mismo que empezamos á exponer. Estudiemos ante todo, aunque brevemente, los poetas andaluces latinos.

No en vano, señores, he conservado la expresion que antes usé, cuando, al hablar de ellos, dije: *españoles siempre, siempre cordobeses.* Porque dos son principalmente, si bien de distinta y aun encontrada índole, los cargos que á los Sénecas y á Lucano hacen los críticos. Unos pretenden quitarles su carta de naturaleza, teniéndolos solo como romanos; otros, por el contrario, les motejan como españoles, acriminándolos como únicos y principales corruptores de la elocuencia y de la poesía en la patria de Ciceron y de Virgilio. Entre cuyas sentencias, debo decir que tengo por notoriamente falsa á la primera, y por no completamente justificada á la segunda; como que aquella arguye poca lectura y escasa crítica de las obras de los mencionados escritores; y esta manca la historia literaria, y salta por cima de la política, para no ver en la decadencia de la romana literatura, ni á los autores que la preparan, ni á los sucesos que la trajeron, y sí solo mirar como causa á los que solo eran en realidad instrumentos.

Descubren, en efecto, el sello del genio cordobes estos escritores, primero por la semejanza que entre sí tienen, con ser varios (*Apéndice núm.* 1.º): segundo, por la que sus caractéres marcan con los que en todas épocas han distinguido á los poetas de Córdoba, que, aunque no afiliados en una escuela, tienen una índole constante, cualidades y defectos que se encuentran en los Sénecas y en Lucano, que no desmiente Pablo de Céspedes, y con mayor realce que en él reaparecen en Góngora, y cuya herencia aun hoy creemos que nos sería fácil descubrir entre los hijos de aquel suelo, si por lícito tuviéramos apoyar con nombres y ejemplos con-

temporáneos la exactitud de las doctrinas que vamos asentando.

Para comprobar esto, no hay mas que leer con reflexion á aquellos escritores; y si notamos en todos iguales pretensiones, si hallamos ambiciosas sus palabras y sus ideas, de manera que afanosamente busquen la novedad en las cosas y en la manera de expresarlas, imposible será no reconocer aquí el sello de un carácter peculiar, influido ciertamente por la atmósfera de la corte en que viven, pero no tanto que abdiquen completamente su independencia. La misma pompa, igual vigor y aun afectacion en la enunciacion de máximas y principios, sobre todo políticos; intencion dramática, signo especial de la poesía cordobesa entre la andaluza; todo esto persuade mas y mas la razon que hemos tenido para afirmar que nuestros poetas iban á engrandecer la morada y la lengua de los Césares, conservando, sin embargo, su individualidad, su aire de familia, y las tradiciones y el instinto poético del suelo en que se meció su cuna, y en que recibieron su ingénita, primitiva inspiracion.

Pero ¿fué esta la de corromper la literatura romana? ¿Son ellos los únicos autores, los responsables de su decadencia? He aquí la segunda cuestion, en que, como ya dijimos, se prescinde del estudio de la época, así como ántes se prescindia del estudio individual del escritor. (*Apéndice núm.* 2.)

No es dado á un pueblo que ha gozado de la vida pública, perderla, sin que se alteren profundamente las condiciones de su existencia social. Cuando enmudece la tribuna en que se debatian las graves cuestiones de la existencia y del gobierno del Estado, en que se conquistaba y en donde se ejercia el poder, no hay que pedir ya alta y verdadera elocuencia, ni poesía popular y espontánea.

Pues bien: tal era el mundo bajo los succesores de Augusto; tal se le formó Tiberio; tal le dominaba Neron, en tiempo en que maestros ó condiscípulos suyos, escribian nuestros cordobeses. Solo la ceguedad de la pasion ha podido, pues, inspirar á algunos tanta animosidad, señaladamente contra Lucano.

Aquí pediria la ocasion que entrásemos en la observacion y análisis individual de cada uno de estos escritores. Pero temo que, arrastrado por mi asunto, degenere fácilmente este discurso en una disertacion crítica, perdiendo el carácter que debe tener. Para conciliar ambos extremos, he creido preferible recoger aquellos datos en el *Apéndice*: ellos son el fundamento de mis juicios, y allí los encontrará el que quiera consultarlos; que no será ciertamente la Academia.

Faltaron asuntos é inspiracion nacional á Séneca el trágico en sus obras poéticas: faltáronle ademas fé religiosa, y por tanto moralidad en estas composiciones. Y por último, teatro y espectadores que las sintiesen, y sintiéndolas y juzgándolas, formasen al escritor. *(Apéndice núm.* 3). ¿Cuál era, en efecto, el auditorio de Séneca? Un público incrédulo y allegadizo, que se mofaba de la casta musa de Terencio, y aplaudia los chistes groseros y las impúdicas cortesanas de Plauto; que echaba el drama del teatro para que le ocupasen los farsantes, que hacian combatir los tigres y los osos. ¡Y aun si esta fé que faltaba en los corazones de los espectadores, hubiese podido anidar siquiera en el corazon del poeta! Pero el poeta no creia tampoco ni en Dios, ni en la inmortalidad: para colmo de confusion, ni aun lógico es, ni constante en la profesion de sus doctrinas. A veces duda; otras teme lo mismo que afectaba no creer. *(Apéndice núm.* 4.) Es decir, que él y sus héroes se hallan en una posicion falsa, en que no pueden esplicar ni el des-

tino de la humanidad, ni la conciencia; ni las leyes de la vida, ni los misterios de la muerte.

> Eripere vitam nemo non homini potest,
> At nemo, mortem.
> . . . .
> Cogi qui potest, nescit mori,

son sin duda frases magníficas para protestar la independencia del hombre. Pero á esta voluptuosidad en saborear la muerte, y en proponersela por término de cualquier leve indisposicion, como Séneca el filósofo se la aconseja á Marcelino, ¿no se oponen Dios y la naturaleza, que han hecho amable la vida? ¿Qué es esto, sino quitar todo interes, toda grandiosidad al combate que contra ella sostiene el que lucha con el infortunio, y que es el mas poderoso de los resortes dramáticos?

Diez son las tragedias que llevan el nombre de Séneca (*Apéndice núm.* 5): no vamos á analizarlas: lo que nos importa es el juicio que de ellas en globo debemos formar. En vano Scalígero, enamorado de estas obras, como suelen los comentadores, proclama que son superiores á las griegas. Bien distantes nos hallamos nosotros de participar de esta opinion. Otros autores tambien, con mejor acuerdo, no distante del nuestro, afirman que *son demasiado filosóficas, y que pecan mucho contra las reglas de la tragedia.* Y es así la verdad. Donde hay que notar el influjo que en ello, y para hacerles adoptar este género, tuvo la época sobre estos escritores, para entrar despues en la consideracion de la influencia que ellos ejercieron sobre la literatura contemporánea.

Siglo de revoluciones, de graves escándalos, y costosos y no siempre merecidos escarmientos, cuando en la literatura se refleja, ha de revestir las formas trági-

cas, mas que todas severas: género meramente literario, que ni obliga á la peligrosa verdad de la historia, ni deja de procurar al escritor cierta libertad para vengar á las víctimas, y censurar y castigar á los verdugos. Concíbese que en época semejante se inspire Tácito para escribir con sombríos y eternos colores la historia de todas las tiranías; que suelte Juvenal los diques á su cólera, siempre motivada, aunque algunas veces fingida; pero tambien que el poeta evoque del sepulcro las sombras de los Reyes y de los héroes, para decirles verdades y dirigirles imprecaciones, no siempre á ellos, en realidad de verdad, en último término encaminadas. De aquí es que se adopten las formas dramáticas: las formas dije, porque estas obras sabido es que no se escribian para ser representadas, sino leidas. No hay, pues, en ellas accion, no hay exposicion, no hay gradacion, ni preparado y bien conducido desenlace: abundan las descripciones, porque así lo quiere, con la época y las circunstancias sociales, el genio del pais á que pertenecen los autores; úsanse declamaciones, ya porque el autor desenvuelve temas buscados á propósito, ya porque con algo se ha de suplir la falta de calor y de vida, que constituyen el drama, y sin los cuales ni se podría resistir la representacion, ni sin dormir se tolera fácilmente la lectura: chispean, en fin, por donde quiera, enérgicas y epigramáticas sentencias, porque tal es en realidad el fin moral de estos escritos, el desahogo que en el seno de la amistad se conceden aquellos altivos y oprimidos ciudadanos, de cuyas manos ha caido el cetro del mundo, y que valiendo tanto como sus mayores, abandonados de su siglo, solo pueden amenazar á los tiranos con el castigo de Dios y el fallo de la historia. Hasta aquí lo que la época puede sobre el escritor. Veamos ahora lo que el escritor puede sobre

la literatura. Todo ello puede compendiarse en dos hemistiquios de una de estas tragedias. Serán estas las últimas aunque escasas protestas del espíritu de libertad. Porque tienen fuerzas sus autores para la empresa, nada les quedará por decir:

. . . . . . Invenient viam,
Aut facient.

Y luego, envanecidos con la misma lucha y con el secreto de esas fuerzas, su arrojo rayará en temeridad, su grandilocuencia degenerará en hinchazon.

Robore experto, tument. *(Apéndice núm. 6.)*

Para muestra del estado moral de la época, y de cómo la comprende el escritor, séanos permitido citar el Hipólito. Muéstranse en él en toda su desnudez el desenfreno de los tiempos, el materialismo de las pasiones, en que nada hay ideal, el olvido de todo decoro, la postergacion de todo sentimiento moral. ¡Qué contraste presentan la Fedra griega de Eurípides, herida por el Destino, que puso en su corazon la pasion incestuosa que la hace desgraciada, pero no criminal; y la impúdica romana, que, al publicar su extravío, se forma como una genealogía del crímen, para escusarle y hasta glorificarle, propalando los vergonzosos escesos de su madre Pasiphae como un título para continuarlos! *Patris memento*, le dice su nodriza: *meminimus matris simul*, le repone la desacordada hembra, que ántes ha dicho con singular descoco: *Peccare novit noster in sylvis amor;* y despues cuida de hacer saber que se entrega con plena conciencia á la vedada llama: *vadit animus in præceps sciens. (Apéndices números 7 y 8.)*

¡Qué horrible despecho, qué sangrienta venganza en-

cierran estas palabras que profiere la nodriza, viéndola rechazada del jóven!

Nutr. Deprehensa culpa est. Anime, quid segnis stupes?
Regeramus ipsi crimen, atque ultro impiam
Venerem arguamus: scelere velandum est scelus.
Tutissimum est inferre, quum timeas, gradum.
Ausæ priores simus, an passæ nefas,
Secreta quum sit culpa, quis testis sciet?
Adeste, Athenæ.

Y llama testigos, y revelándoles el calumnioso crímen que ha resuelto imputar al inocente, comprobándole con el acero que dejó abandonado al huir, y con el desórden del tocado de la incestuosa madre, lleva su impudencia hasta el punto de consolarla en nombre de la inocencia contra su desgracia:

Referte in urbem. Recipe jam sensus, hera.
Quid te ipsa lacerans omnium adspectum fugis?
Mens impudicam facere, non casus, solet.

¡Qué abismos de corrupcion y de maldad no encierran estas palabras! En verdad, cuando la poesía sirve para revelar horrores tales, no es la accion civilizadora de Dios, que hace levantar los muros de los pueblos, y congrega las naciones: es la voz de su justicia, es el sonido de la trompeta, á cuyo eco pavoroso caen derruidas las murallas, y se disuelven las sociedades: es, en fin, la voz del Profeta, á quien Dios manda vaticinar sobre los huesos.

Sí: ¡es verdad! Semejantes escritores, si no han traido por sí las decadencias, son enviados por Dios para acelerar su curso, y llevarlas hasta su término! Influencia y no poca son llamados á ejercer en la literatura. ¿Y cómo no, si la ejercen aun sobre la sociedad?

Pero no se limita la de los Sénecas á sus propias obras. Dilataron su círculo dando patria, infundiendo su

sangre, y comunicando su espíritu por la educacion á Lucano. Vedle trasplantado en su niñez primera á los palacios de los Césares; mas no temais al considerarle tan presto desarraigado del suelo que le vió nacer, que se alterará la savia de su genio. Por fortuna va entregado á los cuidados de los propios. En su escuela ve sus aciertos; en ella aprende tambien sus descarríos. Ignoramos si es exacto, como pretenden algunos críticos, que en el asunto de Medea rindió culto á la tragedia en que se ejercitaban sus mayores. Pero bien pronto se revela á su genio que con asuntos griegos no ha de excitar el entusiasmo de su patria adoptiva. Comprende tambien que no son las desgracias de los Reyes las que está llamada á deplorar la Musa de aquellos tiempos, sino la pérdida de la libertad, las luchas crueles de los partidos y las agonías de los pueblos. Hé aquí el orígen de la Farsalia.

Esto en cuanto al asunto: mas ¿qué hemos de decir en cuanto al género? Lo que la crítica ha fallado irrevocablemente; lo que acaso pensó el escritor.

La Farsalia no es un poema épico, es una historia heróica, en verso heróico tambien; es un poema descriptivo de un gran genio abortado porque vino fuera de tiempo, y porque murió en flor y sin sazon; es, en fin, una obra de un género nuevo, que su autor no define, y que solo se resuelve á llamar, porque tal es la expresion de su principal pensamiento, *opus verè romanum.*

Si tratamos de calificarla, ante todo habrémos de ver en ella la composicion y el estilo. No es mi intento analizarla. Pero bien puede insinuarse sin embargo, que en cuanto á la composicion, si hay algo que censurar en el poeta, mucho se ha de dar tambien á la época. Dijimos ya que en el naufragio de la libertad habia tambien zozobrado la literatura; pero no hicimos mas que apuntar que

las circunstancias sociales no ménos contribuian á alejar de ella hasta la última tabla de salvacion.

Los tiempos acababan de cumplirse: el Imperio, obedeciendo á los secretos designios de la Providencia, habia alcanzado con las armas de César y bajo la mano de Octaviano, la mas poderosa unidad, preparándose á facilitar el triunfo de la nueva Religion, que habia de hablar al mundo desde Roma, estableciendo tambien en ella su centro de unidad, y esforzando la accion asimiladora de que ya la dotara la política de aquellos Césares. Es decir, que en el seno del mundo moral acaba de consumarse, sin sospecharlo casi nadie, una gran revolucion: que no solo vacilan los dioses del Olimpo, sino que están vencidos los dioses de la tierra. Cayó la ciudadanía de Roma, murió su exclusivismo: romanos son todos los súbditos del Imperio: la sociedad ha cambiado en sus bases constitutivas: la humanidad ha dejado de absorver en sí, y de representar exclusivamente los intereses del hombre. En la religion y en el órden político va á aparecer con todos sus derechos el individuo. Pero si tan sabia transformacion se verifica en estos momentos en las entrañas de la sociedad, todavía no está definitivamente asentada, ni ménos sus legítimas consecuencias. Háse derruido lo antiguo; pero no se ha sustituido lo moderno. En tal situacion: ¿á quién ha de hablar la literatura? ¿A la humanidad, que ya no es lo que ántes fuera; ó al individuo, que todavía ni ha deslindado con claridad sus derechos, ni sabe cómo, ni ante quién ha de vindicarlos?

¿Qué ha de hacer, pues, la literatura sin la religion que la inspire, sin la humanidad que se refleje en sus obras, y que las juzgue y las sancione? Describir lo único que ve, lo único que le queda, el mundo material. De aquí es que en esta época de decadencia, que

por dichas causas es superior á todas, como que no la han traido los hombres, sino que la ha dispuesto la Providencia, no habrá otra poesía que la descriptiva, puesto que las demas no pueden existir.

Hasta aquí, pues, la culpa es del siglo. La del poeta, para mí, principalmente consiste en que no conoce la verdad natural de su asunto, ni guarda tampoco la relativa. «Obligan al escritor los grandes hombres y los grandes sucesos, dice un crítico ilustre, á no escribir vulgaridades. Amigos ó enemigos, para hacerlos hablar, es menester ponerse á su nivel.»

Ahora bien: ¿es la Farsalia la representacion, el resúmen de la época social á que se refiere? Nada ménos que eso. ¿César y Pompeyo aparecen en ella lo que en la historia? Por mas que el poeta se empeñe en divinizar al segundo, ni sus cualidades históricas consentirán la apoteósis, ni podrá hacer que el mundo crea lo que él mismo está lejos de creer, aunque aparentarlo procure. *(Apéndice núm. 9.)* En cuanto á la parte externa, el lenguaje y el estilo, sintiendo mucho no detenerme á hablar de ellos en el cuerpo de este discurso, habré de referirme al apéndice. *(Apéndice núm. 10.)* Por lo demas, á mi ver, el principal error, mejor diré, el error obligado de Lucano, fué el de creerse en la necesidad de ser en todo completamente original. Porque el gobierno, porque la sociedad, porque la literatura habian cambiado á su alrededor, sacó él, que mas que todos estaba precisado á innovar. A la verdad, en esta apreciacion instintiva de sus circunstancias habia en el fondo no poca exactitud; pero puede, sin embargo, que pecase por exageracion. La misma robustez de sus fuerzas, la lozanía de su juventud, las adulaciones de los contemporáneos, hasta la rivalidad con el que, siéndole primero en el man-

do, queria serlo tambien en el terreno de la poesía, todo pudo contribuir á despeñar mas y mas á nuestro poeta por aquella pendiente.

Así es que corta completamente con la antigüedad: tiene á la vista los modelos; pero no solo para evitar copiarlos, para no imitarlos siquiera; sin advertir que si lo primero basta á las medianías, lo segundo es digno empleo del verdadero genio, á quien no estorba la imitacion para alcanzar la palma de la originalidad. Lucano pone los ojos en Virgilio, como buscando un rival digno de sí; algunas veces, para huir de lo que él hizo; otras, y son las mas, para hacerlo de diversa manera, como quien busca luchas y promueve competencias. *(Apéndice núm.* 11.*)*

Nunca he podido comprender cuáles son esos adelantos de la lengua, que muchos ven en Lucano y sus contemporáneos, en comparacion con la de sus ilustres antecesores. Podrá ser mas erudita, mas científica; pero en cambio de algunas conquistas de buena ley, ¡cuántas habrá hecho ruinosas ó aventuradas! ¡Cuánto ha perdido en exactitud y precision, que valen harto mas que una estéril y peligrosa abundancia! Palabras hay que usa en diez y doce diversas acepciones, algunas de las cuales aún no ha sido dable descifrar. Ni vale decir que así se escribe mucho y muy pronto, ahorrándose lima y trabajo; porque ni esa es disculpa en el escritor, ni ménos puede consentirse que á fuerza de envolverse en una nube de palabras que carecen de sentido propio, no solo disfrace á los demas su pensamiento, sino que él mismo no atine con lo que quiere decir. Y yo estoy seguro, no solo de que así le sucede algunas veces, puesto que no han logrado adivinarle tantas generaciones de comentadores, sino de que no es el único de los escritores fáciles de todos tiempos que adolecen del achaque.

Tal es Lucano. En cuanto á su influencia, tiénela, como por desgracia acontecer suele, inmensa por sus defectos, escasa por sus grandes cualidades. En cuanto al género, por ejemplo, que, á pesar de sus inconvenientes, es nacional, consagrado á grandes ideas y á los grandes hombres de los tiempos pasados, no conseguirá introducirle. Apenas si le seguirá Silio Itálico, pero con diverso propósito; pues dejadas aparte algunas mustias flores de obligada poesía, recogidas con harto afan, la obra del espléndido habitador del Tusculano, piadoso cultivador del laurel del sepulcro de Virgilio, es en realidad una obra histórica en que se suplen omisiones de Livio.

La única descendencia de que pueda gloriarse Lucano, será la de Stacio: en cuanto á Persio, si es cierto que le deberá la inspiracion, no la tomará sino de sus defectos, y, como suele acontecer, para exagerarlos. Así es que donde Lucano es hinchado, Persio será obscuro: donde obscuro el maestro, será bárbaro el imitador. Y es que Lucano, despues de todo, es un gran poeta; y su condiscípulo de filosofía bajo la férula de Cornuto, una inteligencia pobre, estrujada en agraz, enredada en el laberinto de sus ideas, sin poder dar á luz, ni con el parto mas laborioso de estilo de que hay memoria en los anales de la literatura latina, sus escasos y aprensados conceptos.

Aquí sería la ocasion de entrar en el análisis de algunas de las bellezas de Lucano. Haríalo con tanto mas gusto, cuanto que persuadido de la importancia de este escritor en la historia de la literatura latina, á que siempre he profesado decidida aficion, he hecho de él un estudio algo mas especial. Pero no lo consiente el tiempo, y harto he abusado ya de la paciencia de la Academia. Una sola cita se me permitirá consignar en el Apéndice para dar alguna idea del talento y del nervio del escritor;

y para que conste, pues de ello nada hemos dicho todavía, que no solo fué digno de recoger la lira de Virgilio, sino que hubiera podido disputar á Tácito su paleta y sus colores. (*Apéndice núm.* 12.)

Y sin embargo, quien tales cosas escribia, y bajaba al sepulcro llevándose consigo toda la gloria literaria de su siglo, y no dejando en pos de sí mas que el caos, contaba solos 27 años!

Demos flores y lágrimas al insigne español, al malogrado cordobes, de quien y de los Sénecas dice un gran crítico: «Tal es la decadencia de la literatura romana. En ella se cae como de un salto, desde la edad de oro; y sin embargo, la innovacion no tiene su orígen ni en el desprecio, ni en el hastío que llegan á inspirar los imitadores de los clásicos. Impórtala esta familia de los Anneos y los Melas, llena de ingenio y de osadía, que de Córdoba se trasplantan á Roma; gente de tanta vanidad, como talento: de la cantera de donde salen así los filósofos, como los charlatanes: linage de escritores, á quienes la Providencia envia en las épocas de esterilidad y agotamiento intelectual de las naciones, para agitar y conmover los espíritus, pero tambien para precipitar la confusion y el trastorno de las lenguas.» Hasta aquí el crítico francés. Nosotros, conformes con este juicio, insistirémos sin embargo en distinguir dos géneros de decadencia en literatura; es decir, si por decadencia se entiende la desviacion de las doctrinas y de las tradiciones reinantes. La primera, que es propiamente decadencia, cuando el género dominante, falto ya de inspiracion, se encierra y deslie, por decirlo así, en el estrecho círculo de imitaciones, ó mas bien de copias descoloridas. La decadencia en este caso proviene de los hombres: está en la esterilidad de los que escriben, y en el hastío de los que leen. Y entónces sobreviene la reaccion; la cual

empieza por las formas, porque estas, y no las ideas, estan en manos de los hombres. Si las ideas y los hechos vienen á apoyar el nuevo género, prevalece este, y fructifica y se arraiga. Si lo contrario (especialmente cuando la reaccion es contra doctrinas clásicas), se arrastra por algun tiempo bajo la hueca pompa de las palabras, hasta que lo mata el ridículo: y la sociedad, obedeciendo á la oscilacion perpétua, que, sin perjuicio del progreso, forma la ley constante de su vida, vuelve á la sencillez clásica, no solo porque la sencillez es la verdad, sino porque entónces es novedad tambien.

Las otras decadencias, mas bien cataclismos, no son obra de los hombres. Las traen los sucesos, y las decreta la Providencia, cuando en sus inescrutables designios trastorna los imperios, confunde las razas, ó regenera las civilizaciones. En tales trastornos, la literatura, que no puede representar lo que ya no existe, ha de acomodarse á las nuevas ideas y á las nuevas necesidades.

Varios ejemplos pudiéramos citar en apoyo de nuestra doctrina. Pero nos contraerémos á dos, que principalmente nos interesan (*Apéndice núm.* 13). Del último género fué la decadencia de la literatura romana en que escribian los Sénecas y Lucano; y á él pertenece tambien la reaccion que en nuestros dias ha sobrevenido, despues de las revoluciones, que han cambiado no ménos el sistema político, que la organizacion de nuestras sociedades. En vano algunos escritores, como Silio Itálico pugnan por contener la primera: en vano el genio poderoso de Napoleon, admirable personificacion de la unidad, la realiza en el gobierno, y pretende imponerla á la literatura. Contra este sistema levanta el siglo una escuela, que, como decia hablando de los cristianos su gran apologista, *siendo de ayer, lo inunda*

ya todo (1). Y esta semejanza de orígen es la razon de la pasmosa coincidencia, que se advierte entre nuestros escritores latinos-cordobeses y el moderno romanticismo: la cual tal es y tan grande, que á no explicarse de esta suerte, pudieran aquellos pasar por patronos y fundadores del segundo: hecho que no puedo ménos de consignar, ya que la angustia del tiempo no me permita detenerme á comprobarlo (*Apéndice núm.* 14). Pero volvamos á nuestro propósito.

Aquí concluye uno de los principales períodos, que ha de comprender nuestro discurso. A la España Romana sucede la España Gótica, época de confusion y de invasiones, con las cuales atemorizadas se esconden las Musas. La religion toma á su cargo el vencer á los fieros conquistadores; pero ni la sabiduría de los concilios, ni la gloria de la monarquía gótica, corresponden exclusivamente á Ilíberi, á la patria de Ossio, ni á la metrópoli de los Leandros y de los Isidoros; ni los timbres de estos venerables prelados son principalmente poéticos, aunque señaladamente el último no desdeñase estos laureles.

Progresaba en tanto con notable cultura la alianza de ambos pueblos en otro verdaderamente español: tomábamos, segun algunos, del gótico la cadencia y la rima, al paso que tambien nos comunicaba por desgracia el ejemplo, que siglos despues habia de imitar Castilla, de la inflexibilidad de las terminaciones de los nombres, como que no conocian declinaciones: bastarda y funesta importacion para nuestro idioma, que en vano resistió por largo tiempo el latin, mientras fué la lengua vulgar de nuestros padres (*Apéndice núm.* 15).

Pero á aquellos y otros progresos puso coto el de-

(1) Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus.
TERTULL. *in Apol.*, c. XXXVII.

sastre de Guadalete; y otra raza y otra civilizacion se precipitaron desde el fondo de los desiertos á apoderarse de los destinos de nuestra patria. No venia esta invasion, como suelen, del Norte; y si consigo traia la conquista, y para el pais vencido la pérdida de su nacionalidad, no la intolerancia, como sistema, ni los furores que á aquellas acompañan, ni ménos los que nuestra historia y las tradiciones populares han atribuido á un pueblo, por tantos siglos nuestro rival, y que, por el trascurso de ellos, adquirió derechos para disputarnos la patria. Pero, si en efecto pudo figurársele así el encono de los que salvaron en las montañas de Asturias la independencia de España, hasta que consiguieron restablecer su unidad; los pueblos sometidos á los invasores tuvieron lugar de aplaudir su ilustracion, y de hacer justicia á su galantería.

Séanos permitido, sin embargo, recordar la memoria de algunos poetas religiosos, que, en medio de la extraña dominacion, conservaban el fuego sagrado, preparando el advenimiento de la poesía propia de las nuevas generaciones. Inspirábanse para ello con las tradiciones clásicas, hasta el punto de acomodar á sus piadosos asuntos los acentos virgilianos. Sentimos no poder contar entre los que de ellos fueron andaluces, á S. Prudencio, aunque español y mas antiguo; pero S. Eulogio, Alvaro cordobes y otros ilustres varones comprueban que la Musa cristiana no habia enmudecido en las orillas del Guadalquivir (1). El martirio del inocente niño S. Pelayo arrancó á la misma acentos sublimes, que todavía escucha con gusto el inteligente, y son muy superiores á lo que debia esperarse de aquella época. Pero estos poetas, aunque españoles, eran tambien latinos.

Tres poderosos imperios levantó principalmente la

(1) FLOREZ, *España Sagrada*, tomos X, XI y XXIII.

monarquía árabe en España; Córdoba, Sevilla y Granada; sobre todo el primero y el último. Leon y Castilla experimentaron tambien los adelantos de su cultura en el roce que con ellos tenian, las mas veces como enemigos, que tambien las armas civilizan; otras, como aliados. En cuanto á la poesía, si bien ni de los mismos ni de los pueblos sometidos renació la nacional, es indudable que entre ellos, de sus guerras, de su galantería adquirió gracia y flexibilidad y soltura. (*Apéndice núm.* 16.)

Pero reclama ya mi atencion hácia otra parte, abundante mies en el exámen de la literatura propiamente española, en la cual vuelve la andaluza á revindicar su lugar, recobrando sus propios y reconocidos caractéres.

Al repasar los orígenes de nuestra poesía, no podemos ménos de recordar cómo sobre las ruinas del latin, y con el aluvion que dejaron en nuestro suelo las avenidas de palabras fenicias, célticas y árabes que succesivamente fueron depositando en él las invasiones de los pueblos del Norte de Europa, del Asia y del Africa, se fué formando el romance español, que la Providencia destinaba á ser la lengua mas varonil, mas flexible y mas armoniosa del Mediodía de la Europa; no porque en todas estas tantas y tan excelentes propiedades, sobre todas y cada una de las demas sobresalga, sino porque en ninguna otra, con tan bien concertada armonía se combinan y proporcionan. Y esto nos conduce naturalmente á hablar del lemosin ó provenzal. Casi contemporáneo del romance, y no muy desemejante á él cuando nació, aunque mas tardo en ostentar escogido pulimento, logra sin embargo en sus primeros tiempos mayores dominios, como que se extiende por todo el Oriente de España, comprendiendo los reinos de Aragon, Cataluña, Valencia y Murcia,

dándose la mano al traves de los Pirineos con el Mediodía de la Francia.

Entretanto el romance castellano háblanle Castilla, Asturias y Leon. Pero en ellas está el arca santa, en donde se salvarán la nacionalidad y la patria; y con ellas, y con las armas de sus guerreros, adelanta la generosa habla de Castilla, destinada á prevalecer, y á ser la que usen los españoles de dos mundos. Ni serán sus menores conquistas las que haga sobre la lengua de Mosen Jorde y Ausias March, que tan singular cultura recibió despues en los juegos florales, y en los consistorios de la *gaya scienza*. Los poetas andaluces en este tiempo no eran castellanos, sino árabes: como tales, pueden pertenecer á la historia de la literatura española, pero no aparecer en el catálogo de los gloriosos restauradores de la lengua.

Pero hubo un Rey, no solo mas grande que su siglo, sino superior á algunos de los que le siguieron; cuya cuna no pertenece á Sevilla, pero sí su sepulcro, en que guarda sus cenizas al lado de las de su glorioso conquistador, despues de haberle sido *la sola* leal ciudad entre todas las de su reino. Como filósofo, como historiador, como astrónomo y naturalista, como legislador y como poeta, ¿qué coronas tuvo la ciencia ni la literatura, que no ciñesen á D. ALFONSO EL SABIO, *al rey de Castilla, emperador de Alemania que fué?* Pues entre tantas, hay una para él no ménos brillante que todas, la de haber autorizado y dado asiento al idioma pátrio, asegurándole en la posesion de sus derechos en todos los actos públicos y oficiales. Tan magnánima resolucion no hubiera cabido en la medianía de un monarca erudito: eran necesarios para inspirarla el genio, para adoptarla el saber. Podrán copiarle en adelante Francisco I en Francia, y Eduardo III en Inglaterra; pero el autor de las

Partidas con la gratitud de su patria, guardará vinculada para sí la gloria de tan alto ejemplo en los anales de la humanidad. Permítaseme dejar consignado hecho tan memorable; y vengamos ya á la primera reaparicion de un poeta andaluz de alto mérito y elevadas pretensiones, en la corte de los príncipes castellanos.

Éralo D. Juan el II: el poeta, cordobes: su nombre Juan de Mena.

No deja de ser singular que apareciendo en primer término en la época de la decadencia de la literatura un poeta de Córdoba, sea otro de la misma ciudad el que inaugure la reaparicion de la poesía andaluza en la escena nacional. Por cierto que no ménos osado que su antecesor, se presenta tambien á innovar: solo que aquel innovaba para destruir, y este para continuar la generosa empresa de desligar de sus trabas á nuestra naciente literatura. Reciente en Italia la restauracion hecha por el Dante, Petrarca y Bocaccio, el ilustre cronista del monarca castellano propónese aprovechar aquellas ventajas para su patria; pero no copiando ciega y servilmente, como lo hace el vulgo, sino imitando lo que sea necesario, á reserva del derecho y de la libertad de variar, en lo que convenga, la imitacion.

Así es que vuelta la vista á los ejemplos de los clásicos, y el corazon á las glorias de la patria, escribe su *Laberinto*, en cuya disposicion y artificio no puede ménos de conocerse el recuerdo del infierno del Dante; solo que este cuenta los dolores de los condenados, cerrándoles al entrar en él toda esperanza; y el poeta andaluz hace comparecer á los hombres, y les intima los decretos de la Providencia. Fiel á la generosa tradicion de Lucano, tambien son asunto de su poema los grandes hombres; pero entre los anales del universo,

detiénese principalmente con amor en los de su patria. Así es como canta la generosa muerte del conde de Niebla; así es como esparce flores sobre el temprano funeral de Lorenzo Dávalos, á quien pinta en brazos de su madre *que besa á su hijo la su fria boca;* tomando sin duda tan interesante cuadro, superior en ternura á cuantos de su género ofrece la antigüedad, de otra MADRE, á quien nos presenta la religion con iguales y aun mas justificados extremos, acogiendo en su regazo el cadáver de su HIJO, víctima por la salvacion de los hombres. Ni es esta la única inspiracion que de su fé toma el poeta. Destronando á la Fortuna, á quien dió Lucano el cetro del mundo, eleva en su lugar á la Providencia. No es nuestro ánimo establecer un paralelo entre ambos escritores; ni hay razon para compararlos. Tuviera el Ennio español, como le llama Moratin, las fuerzas del cantor de la Farsalia, y aplicadas al noble objeto que se propuso, no poco hubiera ganado la literatura, cuando no hubiese sido mas que aceptando las conquistas que le ofrecia, y aquella gran amplitud en engrandecer los límites de la lengua, dando á la diccion poética mayor riqueza, robustez y sonoridad.

Siguióle ya en el siglo décimo sexto Fernan Perez de Oliva, tambien cordobes, Rector de la Universidad de Salamanca, y profesor de filosofía y teología en Roma y en París; traductor de los clásicos griegos y latinos, é imitador de Plauto, aunque de carácter mas acomodado para la tragedia. No tuvo quien le siguiese; porque el gusto clásico se avenia muy mal con la rudeza y sencillez de las costumbres de aquella época.

Mas notable como escritor original, y mas influyente que el anterior en los progresos del teatro español, aunque con ménos títulos literarios, se dá á

conocer en 1554 el célebre sevillano Lope de Rueda. Primero, batidor de oro; cómico despues, forma una compañía, y recorre con ella varias capitales de España. Pero no contento con esto, y elevándose al carácter de autor, compone las piezas que ha de representar. Para ello, desentendiéndose del camino trazado por sus antecesores, y cediendo al carácter que se advierte en lo general en los que han profesado la literatura y las artes en Sevilla, deja á un lado la erudicion, y toma por guia á la naturaleza. Fiel observador del mundo, traslada al teatro los caractéres y las escenas que habia visto en su antigua tienda: estudiantes, bachilleres, licenciados, doctores y alguaciles; tambien gitanos y gente de la vida airada. ¡Así hubieran sus continuadores insistido en la senda que él abrió! Mas por desgracia no fué de esta suerte. Alcanzáronle, y deponen en sus escritos como testigos de su habilidad y sus alabanzas, Miguel de Cervantes y Antonio Perez; y el ilustrado Cabildo de Córdoba, donde falleció el Terencio sevillano, dióle el postrer asilo en su misma catedral, en la nave principal entre los dos coros; en lo cual no sabemos quien alcanzó mayor alabanza, ni podemos dejar de notarlo en estas páginas que escribimos en favor de las letras de Andalucía.

Lo que la observacion de la naturaleza descubrió á Lope de Rueda y á su amigo el valenciano Juan de Timoneda, habia de perderse por las pretensiones de mayor cultura que abrigaban Juan de la Cueva, poeta sevillano de ilustre cuna, y Juan de Malara, su compatriota, y maestro de humanidades en la misma ciudad. El primero cultivó todos los géneros para no sobresalir en ninguno; y despues de escribir con escasa fortuna un poema épico que tituló «Conquista de la Bética,» y otras diversas obras de poesía, se dedicó á hacerlo para el

teatro: compuso tambien una Arte poética, á la cual era claro que habia de amoldar sus composiciones. En ellas se emancipa de las antiguas reglas, declarando especialmente que se subleva contra la que prescribe la unidad de tiempo, que obliga, dice, *á figurar que tantas cosas diferentes pasan en el estrecho plazo de un dia.* A pesar de ello promovió con celo el adelantamiento del teatro; dotado de abundante vena, en algunas obras dejó muestras de su ingenio; y aun sus mismos extravíos nacieron de querer dilatar el círculo de aquel hasta la esfera de la mas elevada poesía. Así es que hay en sus comedias trozos heróicos; los hay líricos, no de corto mérito; pero por desgracia no suelen tener el de la oportunidad con la situacion; hasta tal punto que, reconociendo sus excelentes dotes, dice Moratin que «es tal la precipitacion y abandono con que compuso sus piezas dramáticas, que en ellas son casualidades los aciertos.» *(Apéndice núm. 17.)*

Con ménos ingenio que él, no solo participó de sus extravíos, sino que tal vez le indujo á cometerlos, su paisano y amigo Juan de Malara. Compuso este diferentes poemas y diversas obras dramáticas. Juan de la Cueva dice «*que mil; mereciendo mucha alabanza por haber alterado el uso antiguo, conformándose con el nuevo;*» por lo cual le apellida el *Menandro Bético.* La verdad, conforme con juicios mas competentes, es que aunque escribió mucho, no fué de gran valor; si bien alcanzó muchos aplausos en su tiempo.

Algunos otros dramáticos andaluces siguieron estos ejemplos, de que se contagiaron los de otras provincias. Primero y acaso único ejemplo de que en Sevilla se haya abandonado la buena escuela del arte, para perderse en lastimosos descarríos, que si por desgracia lograron fama en el público, no tanto que ni en él ni en los escritores

llegasen á arraigarse. Pero volvamos la vista á otros géneros de poesía. A la introduccion del endecasílabo hecha por Boscan, á pesar de la encarnizada oposicion de Castillejo, y que estableció irrevocablemente con la autoridad de su ejemplo Garcilaso; con D. Diego Hurtado de Mendoza cooperaron otros claros ingenios, entre los cuales Gutierre de Cetina, natural de Sevilla, inventor del Madrigal. Escusando hacer una detenida mencion del segundo, no puedo pasar tan al vuelo sobre el primero.

Á principios del siglo XVI, y para llenar lo mejor de él, sirviendo al Emperador en sus embajadas, y á Felipe II en su consejo de Estado, nació en Granada, de los condes de Tendilla, el célebre historiador de la rebelion de los moriscos, D. Diego Hurtado de Mendoza. De pocos nombres podrá España envanecerse mas dignamente: pocos habrán influido tanto en la política y en las letras de su patria. Representante de su rey en las negociaciones que precedieron á la celebracion del concilio de Trento, sostiénelas con tanta habilidad como firmeza: ni un acto de debilidad, ni una palabra indiscreta, ni un indicio de violencia. Cedió Roma á la política de la corte de España, recibiendo nuestro embajador las mas altas consideraciones en la pontificia de la santidad de Paulo III; y el ilustre diplomático, no menos vigoroso en el mando, comprime las sediciones que estallaban en Italia contra las guarniciones españolas. Divierte los ocios de su embajada escribiendo la historia política que hemos mencionado, que es uno de los mejores monumentos de su gloria; y en cuanto á la poesía, nutrido en Italia con los estudios clásicos, fija la vista en Horacio, digno modelo de espíritu tan grande, vuelve á España á hacer de ellos las oportunas aplicaciones. No se arroja á la empresa con

temeridad; pero tampoco resiste con obstinacion. Pónese de parte de los reformadores; pero sin entregarse del todo á la seduccion del encanto que esparcia Garcilaso; y sus obras poéticas corresponden á la dignidad de su carácter, á su vasta erudicion y á su alta posicion como hombre de Estado. Las academias y los escritores de su patria acaso le deben un elogio ó una memoria histórica, en que ganen, tanto como él para su gloria, para su provecho los literatos y los altos servidores del Estado.

No podemos resistir al deseo de hacer algunas citas, que esperamos no desmentirán cuanto llevamos dicho; son de una epístola á Boscan sobre las ventajas de la medianía:

«El hombre bueno y justo no es movido
Por ninguna destreza de ejercicios,
Por oro ni metal bien esculpido;
No por las pesadumbres de edificios,
Adonde la grandeza vence al arte,
Y es natura sacada de sus quicios.
. . . .
Reposado en su vida está y seguro,
. . . .
Es por de dentro y por de fuera, puro,
. . . .
Piensa en sí lo que ha dicho y lo que ha hecho,
Duro en creer, y en esperar mas duro;
En cualquier medio vive satisfecho.
Procura de ordenar en cuanto puede
Que en todo la razon venza al provecho.
. . . .
Nunca espera, ni teme ni se cura
De lo que le parece que es mudable;
Jamás de todo en todo se asegura.»

¡Cómo descubren estos versos, de tan alto consejo, de tan profundo sentido, al hombre de mundo y al entendido gobernante! ¡Cómo se traslucen en los siguientes los desabrimientos en que acaso le tienen legíti-

mas engañadas esperanzas! Sin embargo, no se queja de su Rey, ni aun de la suerte. Desea la vida del campo, y significa este deseo y las delicias de aquella, de esta manera:

»La noche del olvido me cubriese,
En esta medianeza comedida,
Y el vano vulgo no me conociese.
Entónce haria yo sabrosa vida,
Libre de las mareas del gobierno,
Y de loca esperanza desabrida.
Arderia mi fuego en el invierno
Contino y claro, y mi manjar seria
Mas rústico, si bien mas dulce y tierno.
El vino antiguo nunca faltaria
Que los pies ó la lengua me trabase,
Mezclado con el agua clara y fria.
. . . .
Otras veces, á mano rodeada
Esparceria tras los tardos bueyes
El rubio trigo ó la áspera cebada.
A la noche estaria dando leyes,
Al fuego, á los cansados labradores.
. . . .
Oiria sus cuestiones en amores,
Gustaria sus nuevas elocuencias
Y sus desabrimientos y favores.»

Piensa despues en su amada, y en seguida en su amigo; y compartiendo con ambos su felicidad, escribe estos sentidos, tiernísimos acentos, que no sé que nadie pudiera mejorar. Habla con su Marfira:

Ruégate este cativo que no tengas
Alma tan dura en pecho tan hermoso,
Ni tu inmortal presencia nos detengas.
Por tí me place este lugar sabroso;
Por tí el olvido dulce con concierto,
Por ti quiero la vida y el reposo.
Por tí la ardiente arena en el desierto:
Por ti la nieve helada en la montaña:
Por tí me place todo desconcierto.
. . . .

Tú la verás, Boscan, y yo la veo;
Que los que amamos, vemos mas temprano:
Hela en cabello negro, y blanco arreo.
Ella te cogerá con blanca mano
Las rojas uvas y la fruta cana,
Dulces y frescos dones del verano.
. . . .
Por cima van y vienen los amores,
Con las alas en vino remojadas;
Suenan en el carcax los pasadores.
Remede quien quisiere las pisadas
De los grandes que el mundo gobernaron,
Cuyas obras estan quizá olvidadas:
Desvélese en lo que ellos no alcanzaron:
Duerma descolorido sobre el oro:
Que no le quedará mas que llevaron.»

Yo no conozco nada mas bello que estos versos. ¿Quién al oirlos desconocerá la filiacion de Herrera y de Rioja? Así es cómo los hombres superiores recogen el fuego sagrado, y le trasmiten de generacion en generacion á los favorecidos del cielo!

Hijo del propio siglo es el maestro Fr. Luis de Leon, el cual, aunque, como su familia, no sea del mismo Granada, nacido en Belmonte, tampoco deja de pertenecer al Mediodía de la España. Hay ademas otra razon para que yo recuerde su nombre y la sencilla y grave, pero sublime y clásica inspiracion de sus versos. No ha faltado quien recientemente, entre españoles, la haya tratado con injurioso desden; y creo que no sea fuera del caso protestar contra tanta blasfemia en el seno de la Academia, para quien, y para el arte literario, el cantor de la Ascension y de la profecía del Tajo, á despecho de menguados detractores, será siempre el príncipe de la lírica española. Ni son solo los españoles los que así juzgan. Tambien los extranjeros, aun en nuestros dias, se apresuran á reconocerle la nunca hasta ahora disputada posesion de sus glorias. *Cisne de Granada* le lla-

ma Mr. de Puybusque en su *Historia comparada de la literatura española y francesa;* donde, despues de consignar, con grandes alabanzas, que estudiando los libros sagrados y las obras de los clásicos, léjos de modelar por ellos el genio de su idioma patrio, como hicieron los autores franceses, cumplió su propósito de hacerles hablar la lengua de Castilla, conservando en ella todas las bellezas del original, escribe estas notables palabras: «En esta vision de la mo«rada de los bienaventurados, todo es verdadero con «aquella verdad santa que va unida al fervor del sen«timiento religioso. No es un poeta el que se oye, es «un apóstol; y es imposible resistir á este concierto «místico, en que la inteligencia y el corazon se con«funden en un mismo éxtasis.» Una vez cumplido ese piadoso deber, no insistiré mas, por no defraudar al lugar de su nacimiento, ni á la universidad que le logró discípulo y le mereció maestro, la buena parte que les corresponde en su gloria. Mas en cambio de esta cortesía, séame permitido revindicar para Andalucía á un poeta de orígen desconocido, pero insigne en la historia de nuestras letras; y que á la misma, y en ella á la escuela de Sevilla, atendidos la naturaleza de su inspiracion y su estilo, he creido siempre que pertenece. Trato del bachiller Francisco de la Torre, cuyas obras, publicadas por la primera vez por Quevedo, le fueron atribuidas, sin que hasta ahora conste conocidamente su autor. Sábese, sí, que debió fallecer en la última mitad del siglo décimo sexto, porque en uno de sus sonetos imita á Vaschi, cuyas obras hasta 1555 no se imprimieron. *(Apéndice núm.* 18.)

No puedo detenerme ni en Vicente Espinel, natural de Ronda; ni en Mateo Aleman, de Sevilla; ni en Luis Velez de Guevara, de Écija; ni aun en San Juan

de la Cruz, muerto en Úbeda, y cuyos místicos apasionados cantos, si del cielo no fueran, habian de pertenecer al suelo donde el Cisne sagrado exhaló el último suspiro. Voy, sí, á fijarme en Herrera y en Rioja, que son, no hay para qué negarlo, uno de los puntos capitales de mi discurso.

Verdaderamente, para hablar de Fernando de Herrera, lo mejor que hacer pudiera sería leérosle. Entónces, señores, sin necesidad de añadir una palabra de mi cosecha, comprenderíamos que cuando él se presentó, cuando se oyó aquella inspiracion bíblica, aquel canto eminentemente patriótico y nacional, aquella voz poderosa, que acomoda á la lengua castellana, no solo la inspiracion, sino hasta la lengua de los profetas, con sus giros ardientes como el rayo, su entonacion llena como la creacion, magestuosa como la eternidad, poderosa como la palabra de Dios, que infunde el espíritu de vida á cuanto toca; debió quedar en España en suspenso toda voz, y convertirse la vista, y los oidos, y el corazon, y los ánimos de todos hácia el Mediodía, donde tales y tan poderosos cánticos resonaban.

No lo tomeis, señores, á exageracion. Oid lo que los extranjeros dicen; escuchad despues algunos de sus acentos, y lo juzgaréis vosotros mismos. El Águila de Sevilla es como le llaman. «Él, dicen, partiendo desde «el mismo punto en donde se detuvo Fr. Luis de Leon, «parece haber reducido á notas, y revelado á los hom«bres aquella música de los cielos, cuyo eco habia en«contrado el cantor granadino solamente en su corazon. «No hay que compararle otros escritores extranjeros, «ni aun Rousseau, ni aun Dryden: la estrofa del poeta «andaluz, sin tener nada de árabe, es enteramente orien«tal, y baja en derechura de las alturas de Sion. Sus «cantos religiosos y nacionales son la verdadera oda,

«la oda heróica de la antigüedad, con formas líricas, «descriptivas y dramáticas, tal como se cantaba al frente «de los ejércitos en la plaza pública, en el recinto sa«grado de los templos. El poeta es un cristiano ins«pirado, que toma la voz de un pueblo y canta en «nombre de todos sus hermanos (1).» Si en tales términos se expresaba, hablando del gran poeta, un escritor extraño, cuya obra era premiada en 1842 en concurso público por la Academia francesa, que de esta suerte sancionaba su juicio, ¿qué no podrá decir en el seno de la española, quien, ademas de serlo tanto, tiene que analizar el carácter del gran padre de la escuela sevillana, y exponer la influencia de su genio en la literatura nacional? ¿Qué habrá de decir, repito, que deba tacharse por exagerado, ó argüirse de parcial? Nada; sino que la poesía de Herrera, y despues de él la de Rioja, son la perfeccion de la poesía castellana; que la lengua aparece en ellos lo que no habia sido nunca, lo que acaso sin ellos no hubiera sido jamas; y que por tanto, despues de sus obras, ningun fenómeno acontecerá en la poesía española, que de ellas no derive: esto es, que en el cultivo de los mismos se hallará un fondo inagotable para la verdadera poesía; que la exageracion de sus brillantes cualidades podrá traer acaso el descarrío de algunos ingenios atrevidos y el naufragio de la patria literatura; pero que si los náufragos, á mas sano juicio convertidos, han de entrar en el puerto, el faro se halla en estas obras, que ni aun con el tiempo han de envejecer, y cuya luz, no solo no ha de apagarse, sino que no ha de debilitarse jamas.

Pero es ya tiempo de que contraigamos nuestras observaciones á Herrera. Preparado para escribir con

(1) Histoire comparée des litteratures espagnole et française par Mr. Ad. de Puybusque.

muy serios estudios (*Apéndice núm.* 19), animábale ademas un vivo sentimiento de amor á su patria, cuyas glorias, ántes de él nadie supo cantar dignamente; y por último, no parece sino que personifica en sí toda la ardiente y poderosa naturaleza de su ciudad natal. (*Apéndice núm.* 20.)

Véanse si no estos versos en la bellísima elegia á la *Separacion*, que no parecen sino dirigidos á aquel magnífico modelo:

¿A dó la perfeccion nunca imitada
De aquella imágen viva, y hermosura,
Con envidia de todos admirada?

Mas Herrera, no solo con el estudio de la naturaleza exterior, por bella que fuese, alimentó su genio. No ménos que ella, estudió el pensamiento, profundizó la verdad moral. Así es que aquella, sin dejar de ser verdad en sus versos, hállase sin embargo idealizada. Vive con la vida, con la juventud y con la belleza que tendria trasladada á los cielos, donde nada se marchita, ni se envejece, ni muere. Esta naturaleza imitaba Murillo cuando ganó la inmortalidad: así la copiaba el gran Velazquez con singular magnificencia, siguiéndola en todos sus géneros con tal exactitud, que pudo retratársele mas adelante con este solo verso:

¡Pintor de la verdad, Velazquez sabio! (1)

Pero Herrera y Rioja, á la tierna sencillez de Murillo y á la verdad sublime de Velazquez, supieron añadir igualmente la ideal inspiracion de Rafael, que en la belleza, no solo pinta la perfeccion de las formas creadas, sino un destello del divino pensamiento del Criador.

El jóven de Austria no ha tenido entre nosotros un Homero: su noble vida, segada en flor, dejó á la

(1) D. Félix José Reinoso, en su Oda á las Artes.

patria huérfana de muchas esperanzas; pero de seguro ha alcanzado la inmortalidad. Solo mereciéndolas, se pueden inspirar las bellísimas estrofas de la cancion, en que Fernando de Herrera celebra el triunfo del heróico hijo de Cárlos V sobre la rebelion de los moriscos. No es un hombre, es el genio el que compitiendo dignamente con Horacio, de esta suerte adjudica é inmortaliza los laureles.

«La Fama alzará luego,
Y con las alas de oro la victoria
Sobre el giro del fuego,
Resonando tu gloria
Con puro lampo de inmortal memoria.»

Pero oid; que vuelve ya á preludiar la lira, y vá á celebrar las glorias del vencedor de Lepanto. Ah! no: hemos dicho mal: esa victoria no es de un hombre; ni para el Moises español, que canta la gloria del Altísimo con el canto inspirado del Profeta, son nada los grandes de la tierra, ni los guerreros, ni los Reyes. Únicamente el pueblo escogido, su religion y su libertad aparecen delante de él, cuando canta las venganzas de Dios.

«Puesta en silencio y soledad la tierra
. . . .
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos,
Hasta que al fiero ardor de sarracenos
Se opuso el jóven de Austria generoso
Con el claro español y belicoso.»

Hemos citado estos versos, porque en ellos está el único recuerdo que se hace del caudillo, que para los hombres sería el héroe de la victoria: al lado de Dios solo puede aparecer como instrumento; pero, ¡cuán grande con solo serlo! Quisiéramos insertar toda esta Oda: no pudiendo hacerlo, no acertamos á elegir. Nos

remitimos acerca de ella á las luminosas observaciones del Sr. D. Alberto Lista en sus artículos sobre el *carácter de la poesía oriental*, insertos en sus *Ensayos literarios y críticos, publicados en Sevilla en* 1844. «¿Por «qué (dice en ellos, y repetimos nosotros) no escribió «Herrera mas que dos composiciones de esta clase, y «en casi toda su carrera poética obligó á su genio gi- «gantesco á encerrarse en las reducidas dimensiones del «platonismo, casi agotado ya por el cantor de Valclu- «sa?» Y es verdad; que Herrera abrigando en su alma amores imposibles, ó acaso mas bien imaginando que amaba, consume sus fuerzas no en la poesía, sino en la metafísica del amor. No es decir que en sus elegías no haya mil delicadas bellezas, ni que no existan primorosas conquistas para la lengua; pero carecen por lo general de sentimiento, y hé aquí la causa de que no interesen, y por tanto la de que no se lean. No parece sino que el poeta mismo lo conocia, y juzgaba con exactitud de la vanidad de estos pensamientos, que acaso buscaba como distraccion de otros afanes. (*Apéndice núm.* 21).

Pero sea de esto lo que quiera, que no nos podemos detener á investigar, insisto nuevamente en lo que ya dije. Herrera y Rioja son los padres del dialecto poético de la lengua, en que nadie despues de Juan de Mena habia puesto decididamente la mano; sin mas diferencia que Herrera inventa, invade, conquista; y Rioja asegura, contrasta y fija. Bien puede ser que el escritor no pueda aprovechar cuanto trae, ni cuanto innova el primero; el estado de la lengua no lo consiente ya; pero bien puede hacerlo confiado, sancionada la innovacion por el segundo.

Los versos de Herrera (segun refiere el Maestro Salinas) *poníaselos el Tasso sobre su cabeza, admirando*

en ellos la grandeza de nuestra lengua. Los versos de Rioja, rico tesoro de filosofía y de ternura, conmueven el corazon y satisfacen la inteligencia: Horacio les hubiera dado carta de aprobacion uno por uno. Y es que Herrera es la encarnacion humana del genio; Rioja, la personificacion del buen gusto: aquel, el padre; este, el verdadero gefe de la escuela sevillana. (*Apéndice núm.* 22).

No he usado estas últimas palabras al acaso; porque me parece que determinan el carácter y la posicion respectiva, entre sus compatricios, de estos dos grandes poetas.

Fué con efecto Herrera el padre de aquella escuela, sin el cual no sé yo si existiera, ni si se hubiera impreso aquel gran movimiento literario; pero para regularle, para hacerle fructificar, para dirigir en fin por este camino la inteligencia y la imaginacion de los que hayan de seguirle, era necesario Rioja.

Así es que estos dos grandes hombres se identifican y completan; tanto, que ni los separa la historia de la literatura (aunque sea el uno realmente posterior al otro), ni ménos el culto de su escuela. ¿Qué importa que Rioja no haya seguido el vuelo del cantor de Lepanto, ni llorado sobre Africa el cumplimiento de los destinos de la Providencia, si en cambio, puesto delante de Itálica, sabe evocar los recuerdos y las sombras, y exclamar con oprimida voz, eterna en tanto que la humanidad tenga alma para pensar y sentir sobre las ruinas?

«¿Cómo en el cerco vago
De la desierta arena,
El gran pueblo no suena?
. . . .
Todo despareció! cambió la muerte
Voces alegres en silencio mudo!»

á cuyo ejemplo, es tan inmediato y tan grande el desengaño de la poquedad de la vida, que los mismos ojos dudan de la realidad de lo que actualmente sucede;

«Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.»

Nosotros hemos repetido sobre aquellas ruinas estos versos, (¿y quién no, que sabiéndolos, las haya visto?); y ellas propias hablaban ménos á nuestro corazon que los lamentos del poeta. Y cuando el tiempo haya borrado sus últimos vestigios de la faz de la tierra, mientras haya hombres, no faltarán quienes en aquel sitio profieran:

«Este llano fué plaza, allí fué templo,
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
. . . .
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades!»

Tambien Rioja trata de los desabrimientos de la vida en su *Epístola moral á Fabio;* pero aquí es donde en realidad no puede comparársele ni Herrera, ni ninguno. La causa es que este, principalmente ha estudiado la historia en los libros; Rioja, admitido á la amistad y al favor del Conde-Duque de Olivares, y familiar suyo, ha tenido ocasion de aprenderla en los hombres. No hay que decir, pues, quien será mas filósofo entre ambos: si el que acaso lleva en su corazon el secreto de una ambicion legítima no premiada, y ni aun siquiera comprendida; ó el que acompañando, dentro de su mismo coche, al privado caido, en su salida de Madrid, como único amigo entre los muchos que le fueron cortesanos, ha tenido tanta ocasion de meditar sobre la vanidad de las grandezas humanas. *(Apéndice núm. 23).*

Por cierto (y esto sea dicho de paso), que un distinguido y joven bibliógrafo de estos dias, el Sr. D. Adol-

fo de Castro, de Cádiz, en un libro por extremo curioso, que ha publicado, titulado el *Conde-Duque de Olivares*, intenta probar, en mi juicio no sin éxito, que á los escritos de Rioja debió principalmente Lesage la mayor parte de sus materiales, y aun la idea de no pocos de los incidentes de su ya clásica novela.

Confieso, sin embargo, que en la Epístola moral, y en la cancion á las ruinas de Itálica, si bien no es en manera alguna el poeta inferior á sus asuntos, tambien eran estos proporcionados á recibir toda tarea por extremada que fuera. Otro tanto pudiéramos decir de las Silvas á la *Pobreza* y la *Riqueza;* pero de lo que no me acabo de admirar, es de las que dedica á las *Flores*, y que son tales, que con solo recordarlas, trasciende el mas suave aroma que tienen nuestras letras. Flores son en verdad para orlar el retrato del insigne poeta, en quien no hay medianía, nada que sea poco para el deleite, ni que parezca bastante para no codiciar lo demas.

Achaque es este de que tambien adolece D. Juan de Arguijo, el Mecenas generoso de las letras sevillanas, el honrado por Lope, que aun hoy duerme al abrigo de ellas, dentro de la patria universidad, cerca del sepulcro del grande Arias Montano, y no léjos del de D. Fadrique Enriquez de Rivera, su amigo y compatricio, como él caballero, y no ménos espléndido protector de las artes.

De ello son buenos testigos Francisco Pacheco, pensionado en Roma por el uno, y los sepulcros de los padres del otro, que allí mismo se ostentan, con gran primor y costos traidos á sus expensas de Italia, donde fueron dirigidas sus obras por las diligencias de su escogido gusto. Sonetos son en la mayor parte lo que de Arguijo nos queda: de treinta y dos de los cuales

debe albricias por el hallazgo al Sr. Colom y Colom, la literatura.

No hay en todos ninguno malo: algunos son admirables; y entre sí los antiguos y los recien hallados, con casi iguales merecimientos compiten. Citarémos entre otros los siguientes: á Tántalo, á Icaro, á Eumelo, á Ariadna, á Curcio. El estilo es puro, los versos buenos y valientes, el período poético corre con magestad, desembarazo y rotundidad. (*Apéndice núm.* 24). Pero se nota ya en Arguijo (acaso contribuyan á ello el género de la composicion y el deseo de hallar contrastes), sobrada aficion á los antítesis, y estudio por buscar conceptos para lucir ingenio; primer indicio que en versos de arte mayor se siente de cierto refinamiento, que despues fué de tan funestas consecuencias. (*Apéndice núm.* 25).

Continúa estendiéndose en Sevilla aquella espléndida generacion de poetas. Crece junto á Pacheco la musa festiva y juguetona de su sobrino Baltasar de Alcázar, cuyas redondillas saben de memoria cuantos tienen aficion á nuestra poesía. ¡Lástima grande que quien en ellas tanta facilidad y tanta chispa descubre, no las emplease en el diálogo de la buena comedia! Pero no es la escuela sevillana acomodada á este género. Aun en el trágico han sido poco afortunados sus ensayos. Acaso por eso son raros; y en ello dá otra prueba de buen gusto.

La influencia de los poetas sevillanos, salvando los límites de su ciudad natal, habíase extendido entretanto así por otros pueblos de Andalucía, como por el resto de España.

Dos escritores la habian principalmente sentido en la provincia de Córdoba. Pablo de Céspedes, de Córdoba mismo, y Luis Barahona de Soto, de Lucena. El pri-

mero hábil pintor, diestro escultor y elegantísimo poeta, solo conserva de su ciudad natal un rasgo característico, su aficion á la poesía descriptiva, que ya vimos cuanto la amaban los Sénecas, cuanto la cultivó Lucano, como su género preferido. Esto hace tambien Céspedes en sus obras principales. Fuera de ello, sus versos, que son bellísimos, llevan todo el sello de la mejor escuela sevillana: sin nada de ambicion en las ideas, ni de viciosa pompa en la expresion. Apenas si resistimos á citar algunas de sus tan sabidas octavas, describiendo el caballo.

Sin duda inferior á Céspedes como poeta, pero no en pretensiones, era Barahona de Soto. Esto acreditó principalmente en sus obras, especialmente en las *Lágrimas de Angélica,* en que se propuso imitar y acaso luchar con Orlando el furioso. Su estilo, bastante correcto, suele adolecer de lánguido y frio: las estrofas en algunas de sus composiciones, por largas que sean, se han de llevar en un solo aliento, y esto no solo fatiga el pulmon, sino que aun la atencion y el sentido pierden, porque respectivamente se cansan y debilitan.

No alcanzo la razon en que se funde alguno para culpar á Barahona por la fogosidad de su imaginacion; que no le encuentro tanta, que por ella haya de extraviarse. De su poema no sabemos que se haya publicado mas que la primera mitad.

La fama y la influencia de los grandes poetas sevillanos, venidas entre tanto á Madrid, crecian de dia en dia, hasta llegar á hacerse sentir en todos los poetas. El gran Lope de Vega proclamaba que «nunca se apartaba de sus ojos Fernando de Herrera:» á Arguijo dedicó la *Hermosura de Angélica,* la *Dragontea* y las *Rimas humanas.*

Sentíala tambien el célebre Bernardo de Balbuena, á quien á pesar de las modernas divisiones de territorio, no podemos ménos de enumerar entre los mas preciados de los nuestros. Y escusando nombrar á otros por no hacer demasiado largo este escrito, baste decir que aun en los tiempos que vayan sucediéndose, ni Calderon, ni Quevedo, ni Manuel de Melo, ni ninguno, en fin, especialmente de los que cultivan la poesía lírica, la religiosa, la filosófica y la erótica, podrán dejar de estudiar los grandes modelos que se elevan en las orillas del Betis; así como estos se formaron con los ejemplos de Manrique, de Mena, de Boscan, Hurtado de Mendoza y Garcilaso.

No podrémos detenernos en demostrar esto tanto como quisiéramos. Mas siendo uno de los puntos principales de nuestro discurso, permítasenos notar que la influencia de Herrera y de Rioja sobre la poesía conteporánea se hace notar en cuanto al fondo, ya por la creacion de nuevos géneros, ya por la nueva manera de tratar los que antes ensayaran otros poetas; y en cuanto á la forma, tanto por la introduccion de palabras, de frases y de giros, como en fin, por las combinaciones métricas que emplearon. Para ejemplo de lo primero bastará considerar la poesía religiosa, comparando la sencillez de los cuadros de Gonzalo Berceo, con los toques pindáricos ó mas bien horacianos del Maestro Leon, y los acentos bíblicos de Herrera. Ya hemos visto como ambos enseñan á cantar las glorias, y á llorar las desventuras de la patria; y de tan grandes modelos beberán su inspiracion en adelante para tales asuntos, tanto Góngora como Argensola, Luzan y cuantos hayan de pedir á la lira tonos tan sublimes. Pues la verdadera poesía filosófica ¿quién desconocerá que si no era del todo nueva en España, al ménos no apareció en su

mas alto esplendor, hasta que se escribieron la Meditacion sobre las ruinas de Itálica, la Epístola moral y las Silvas de Rioja?

Suya es tambien principalmente la combinacion métrica en estas empleada, y que despues ha logrado tantos imitadores. Estúdiense las ensayadas por el Bachiller Francisco de la Torre, y se verán continuadas sin interrupcion hasta nuestros dias.

Veamos ahora algunos ejemplos, ya de frases, giros ó locuciones de nuestros poetas, evidentemente copiadas ó imitadas por otros no andaluces; ya de otras que ellos no usaron, pero autorizadas, sin embargo, por ejemplos análogos de los mismos. Echemos la vista sobre Lope de Vega.

Imitacion indudable de Herrera son los siguientes versos de aquel gran poeta en la Égloga Filis:

«Neptuno
Oprimido del peso de las naves
Abriendo sendas por sus ondas graves.
Los hijos de los montes
Excelsos pinos y labradas hayas, etc.»

«Que tambien es la envidia mariposa
Qne se abrasa en la llama luminosa
De la virtud agena.»

«Tal suele con los pies, *envuelto en ira*
Surtiendo el agua, que á los olmos tira (1).»

Esto en cuanto á Lope. Francisco de Figueroa copia literalmente *las crespas hebras de oro* de Heliodora. Pero vengamos á Quevedo, del cual debo decir que no sé que en ninguno de los poetas castellanos se descubra mas claramente la semejanza con Rioja, especialmente en la poesía filosófica; tanto, que al estudiarle, no causa extrañeza que por algunos se le haya

(1) Amarilis, Égloga.

tenido por el verdadero autor de las poesías del bachiller Francisco de la Torre, que fué el primero en publicar.

Leemos en Rioja por ejemplo:

«¿Será que pueda ver que me desvio
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?»

Y Quevedo repite en su traduccion de Epicteto:

«Pues siendo viejo, es necedad muy ciega
Cuando te vas, el rehusar partirte.»

Y en otro lugar:

«Engáñaste, ignorante, pretendiendo
Que no se muera quien nació muriendo.»

Pensamientos y estilo de Rioja parecen los siguientes:

«Artífice serás de tu cuidado.»

«Que me guarde mi pan mi sufrimiento.»

«Con un *intento generoso*
Libre y determinado.»

«Estas cosas son precio
De las honras del necio,
Del que compra en sus puestos sus afrentas.»
. . . .

«En la bebida escusarás exceso,
Porque enferma la sed y turba el seso:
En vanagloria y *pompa* de vestidos,
Ménos bien apropiados que vendidos,
. . . .
Para vestirte ricamente un dia
(Ménos de seda ilustre que de engaños)
A tu vida desnudas muchos años.»

«Alguno de los hombres, que en el mundo
Sirven de oido ageno,

Traginando el veneno
De las conversaciones
A los mal advertidos corazones, etc.»

«¿No ves que de los hombres mas vulgares
Viviendo en ocio bruto no difieres,
Pues ni sabes si vives, ni si mueres?»

«El agua libre,
Que pródiga de sí, corriente y clara,
Solo aguardó la sed del que la quiso.»

«No obedezcan tus manos á tu enojo,
Persuadidas de ira (1).»

Escusamos amontonar mas citas. De intento las hemos buscado en las traducciones, en que el escritor es ménos dueño de sí mismo: cualquiera podrá, con mas ventaja, hacer la comprobacion en las obras originales.

Permítasenos, por último, buscar algun ejemplo de estas imitaciones en medio de la severidad de Bartolomé Leonardo de Argensola, cuyo carácter y dotes son tan diversos de los de nuestros poetas. Los *arrullos gemidores* de las tórtolas que cuenta Góngora, inspíranle, sin embargo, el verso

Tórtolas *lloradoras* de sus duelos,

y ademas escribe:

No estará á salvo el inocente nido,
Ni el discurrir las selvas, ni dehesas,
Será á los *libres vuelos* permitido (2).

«El vencedor que un punto se divierte
De poner prevencion á lo futuro,
En oprobio su crédito convierte.
. . . .
Porque sabe lo mucho que merece
Quien se niega á sí mismo, y solo fia
De la ocasion que de ocasion carece.»

Repase quien quisiere su Oda á la Beatificacion de San Diego de Alcalá, la Epístola en la muerte del conde

(1) Traduccion de Focílides.
(2) Epístola á D. Rodrigo Pacheco, marques de Cerralbo.

de Gelves, y otras composiciones, y hallará por donde quiera rastros del ejemplo y de la inspiracion de los grandes maestros andaluces.

No nos es posible insistir mas en estas observaciones. Pero para concluir con andaluces este cuadro magnífico, no hemos de omitir á Pedro de Espinosa, autor de la bellísima fábula del Genil; ni á Pedro Soto de Rojas, granadino *(Apéndice núm. 26)*; ni á Jáuregui, el clásico y puro traductor del Aminta del Tasso, en que superó á su modelo, y de la Farsalia de Lucano. De ella una parte desempeñó con el mismo acierto, dándole el sabor de la buena escuela sevillana; así es que puede decirse que mejora notablemente el original, conservando la valentía de sus toques, y supriméndole las extravagancias que le afrentan. En lo demas de la misma, que es mas bien imitacion, así como en el Orfeo, cediendo al contagio del mal gusto, sacrificó en las aras del favor público sus convicciones literarias y las tradiciones del buen gusto, y con ellas toda su gloria.

Acaso no tuvo fuerzas para contrastar el torrente; que no era empresa para muchos luchar con Góngora; mas aun entónces quedaba otro medio, no escribir: el principal escollo, y aun el peor enemigo del escritor en todos tiempos, es la comezon de serlo. Rioja supo resistir á Góngora y á su siglo; pero ¡hay tan pocos que alimenten tanta fé y tanta conciencia literarias! Por cierto que no sabemos que haya llamado la atencion tanto como merece, este fenómeno de nuestra literatura. Apenas acierta uno á persuadirse de que Rioja viniese despues de Góngora, vista la pureza en que se conserva el insigne escritor sevillano, en medio del general contagio que inoculó el cordobes (1).

(1) Góngora nació en 11 de julio de 1561, y murió en 1627; Rioja, venido al mundo por los años de 1600, falleció en 1659.

Pero es llegado ya el caso de que hablemos de este grande y *voluntario* corruptor de nuestra poesía. Quisiera yo, señores, en este acontecimiento, refrescar, si pudiera, algun tanto vuestra atencion, y recobrar mis pocas fuerzas, porque todas las necesito para este gran acontecimiento literario.

D. Luis de Góngora y Argote es cordobes: genio poderoso, alma del temple de Lucano, y que, como él, vendrá á dejar profundas huellas de su paso por el campo de la literatura. Envióle tambien en época memorable la Providencia. No era ya nuestra nacion la robusta unidad española de Isabel la Católica; ni la verdadera cabeza del imperio de Cárlos V, cuyos ejércitos avasallaban el mundo y triunfaban en Gante y en Pavía. Pero gobernaba tan grande é influyente monarquía aquel Rey, á quien (júzguelo como quiera la Historia) no podrá ménos de apellidar el GRANDE, porque no solo vence en Flandes, y edifica el Escorial, sino porque triunfa tambien en San Quintin y en Lepanto, y reconstruye la unidad nacional, reconquistando á Portugal, consolidando y extendiendo la herencia paterna en ambas Américas.

Tal era España cuando cantaba Góngora el armamento de la *Invencible*, que solo pudo no serlo ante los decretos de la Providencia. Grandes eran aún los destinos de la patria, rica su lengua, espléndida su poesía; pero mayores que todo fueron el orgullo y las ambiciones del escritor. Acaso para él no habia ya poetas despues de Herrera: acaso le venia estrecho el dialecto poético, no solo de Juan de Mena y Garcilaso, sino de Herrera mismo; y por desgracia no apuntaba aún en el horizonte el sol de Rioja. Ninguna cosa justifica, sin embargo, el rumbo que tomó; por eso le hemos llamado corruptor voluntario.

Y ¿quién sabe hasta qué punto tuvo él esta libertad? Acercábase ya un período de decadencia, cuya raiz viene de mas hondo, el cual habian de recorrer fatalmente la nacion y la literatura, desenvolviéndose en él, como semilla admirablemente apropiada, la que esparciera el moderno Lucano, cuyo ingenio Dios hizo grande, porque habia de servir á sus designios. No que esto lo supiese el escritor; no que lo alcanzara nadie, ni que nosotros lo traigamos ahora como confirmacion de una teoría; pero sabíalo de cierto el que dispone los sucesos, y mandó al siglo que lo revelase á los hombres.

Mas á nosotros lo que ahora nos toca es el estudio del poeta, y la observacion de cómo se despliega su carácter, y se forma su estilo. La lozana imaginacion, la ciega fantasía, la impetuosa inexperiencia del jóven necesitan un guia, un modelo, y severos estudios. Guia, no se lo consiente su altivez; estudio, no lo tolera su impaciencia. Falta el modelo: ¿y cuál podrá ser este sino el gran poeta, cuyos cantos llenan todavía el oido y la imaginacion de todos, cuya frase es tan grande, cuya inspiracion es superior á sus mismas palabras, y que con poderoso aliciente debe cautivar la fogosa imaginacion de aquel jóven, ó por lo ménos atraérsela, ya que cautivarla sea imposible?

Yo, señores, he creido siempre que el fenómeno de la corrupcion literaria de Góngora principia en Herrera, y permanece incubado, por decirlo así, hasta que se presentó el destinado para desenvolverle. Me lo hace creer de esta suerte algun ligero rastro, que en aquel noto, de afectacion ó hinchazon; defectos que recogen con harta facilidad los imitadores.

Decia Herrera en el segundo verso de su Oda inmortal á la pérdida del rey D. Sebastian:

«Y espíritu de miedo envuelto en ira,»

cuyo verso, que he visto elogiado no sé en dónde, si se tolera y corre autorizado, es por el orígen de donde procede, á quien no hay nada que en esta materia no se pueda perdonar. *(Apéndice núm. 27.)*

Fuera de esto, ¿qué justificacion podria dársele? Faltan al pensamiento verdad natural, y verdad moral: es sí muy lleno el verso, es sonoro; pero cabalmente con el abuso de estas cualidades, y con versos que son música, se vició nuestra literatura, y se corrompen las lenguas. Ningun signo de decadencia en estas es mas positivo, ni mas pronto á aparecer, que la falta de ideas y la belleza en las formas: son los *versus inopes rerum, nugæque canoræ* de Horacio.

La verdad es que este es el flanco que presenta la poesía andaluza; la afectacion en el pensamiento, la escasez en el sentimiento (porque no es sentir el aparentar mucho calor), y el culto excesivo de la forma, que es ocasionado al amaneramiento. Pues bien: por este portillo, no como quien saltea, sino como quien conquista, ha de entrarse el poeta cordobes, para hacerse gefe de aquella escuela, é imponer la suya á todo el mundo. Con cuánto talento poético, no hay para que decirlo: con tanto como el que mas, en siglos en que viven Lope, Cervantes, Calderon y Quevedo. ¡Con qué ardor, para vencerlos á todos! Á unos, seduciéndolos; á otros, aterrándolos; porque como es el poeta que ha puesto al público de su parte, temerán quedarse solos, que es el *timorum maximus*, que dice Lucano, del escritor. En verdad que el mismo Lope de Vega no le allanará poco el camino; que cuando se trabaja tanto, ni todo puede ser bueno, ni, sobre todo, correcto.

El que observe las poesías de Góngora, verá que sabe tomar todos los tonos, todos los estilos. Cosas hay,

sin embargo, que le están negadas: la gravedad de Leon, la magnificencia de Herrera, la ternura sublime de Rioja.

Vereis en su cancion primera, dedicada al armamento de Felipe II contra Inglaterra, la intencion de seguir los altos ejemplos del cantor de Lepanto y de D. Sebastian. Su oda es una verdadera oda nacional, á despecho de alguna extravagancia y de cierta invectiva de mal gusto á la orgullosa Reina, digna rival del Monarca español, y por lo mismo inmerecedora de ese ultraje. Los pensamientos serán adecuados, el tono general de la obra digno y conveniente, al final habrá en ella un pensamiento político de importancia, el de no dejar desguarnecidas las costas; y sobre todo, versos profundos como aquellos:

«No pierdas el respeto á las columnas,
Llaves tuyas, y términos de Alcides.»

Tambien en ella se invoca á Dios; pero ¡cuán diferentes son las alusiones, que á él se hacen, de la mision divina que tiene Moises, y á que se lanza Herrera! Hé aquí á Góngora:

«Levanta aquel leon fiero
Del tribu de Judá, que honró el madero:
Que él hará que tus brazos esforzados
Llenen el mar de bárbaros nadantes,
Que entreguen anegados
Al fondo el cuerpo, al agua los turbantes.»

Compárense estos versos con el final de la estrofa del cantor de Heliodora:

«Con yerto cuello y corazon ufano
Solo atendieron siempre á los despojos;
Y el santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero.»

Otras veces su estilo tiene mas semejanza con el

de Lope. Así se puede ver en una de sus mas célebres canciones, en donde solo hay dos rasgos que le caracterizan; el primero bellísimo, inimitable:

«Dormid: que el Dios alado,
De vuestras almas dueño,
Con el dedo en la boca os guarda el sueño.»

El segundo, en que con un desenfado, que raya en vulgaridad, concluye así:

«Cancion, dí al pensamiento
Que corra la cortina,
Y vuelve al desdichado que camina.»

Sobre todo, donde habria que multiplicar las citas, seria en los romances. Aquí todo es bello, y la mayor parte puro y de esquisita ley. Por cierto, que esta es la ocasion de que yo indique á la Academia por qué hablando de nuestra poesía, casi nada he dicho hasta ahora de ellos, que son su mas preciada joya y el verdadero tesoro nacional, en que mas principalmente se contiene. No ha sido porque así no lo creyese; sino porque mi principal tarea, la de estudiar el carácter de los poetas andaluces, y exponer la influencia de los mismos en nuestra literatura; cuando aquellos son anónimos, no puede tener efecto; porque no me es dado ejercer el estudio sobre el autor, y sí solo sobre el género; lo cual está fuera de mi plan.

Mas volviendo á los de Góngora, ¿cuáles otras poesías les compararémos en gala, en atrevimiento, en lozanía, en dibujo y en colorido local, en cuanto, en fin, puede contribuir á formar de ellos un cuadro? ¿Qué digo un cuadro? Una serie de cuadros ricamente entallados y delicadamente concluidos; un poema, en fin, que no por ser breve, deja de encontrarse completo, ni es ménos bello, ni de menor interes.

Yo los quisiera citar todos, así como muchos de sus versos cortos; pero en la imposibilidad de hacerlo, me contentaré con incluir dos en el Apéndice. Allí los encontrará el curioso. Por mas que se sepan, nunca se recuerdan bien, porque nunca puede imaginarse su efecto mágico sino cuando se oyen, como que en gran parte depende del oido. *(Apéndice núm.* 28.)

Una cosa me admira en Góngora, la de que nada ó muy poco escribiese para el teatro, cuando tantos recursos le ofrecian para ello su abundante vena, y la viveza y travesura de su ingenio. En los poetas sevillanos, con las únicas excepciones de Lope de Rueda, Juan de la Cueva y algun otro, ya hemos notado cuán frecuente sea obrar de esta suerte. ¿Cuál será la causa de este fenómeno literario? Una sola me atrevo á señalar: la ausencia de la corte, fuera de la cual no es posible la literatura dramática, como que el drama no puede escribirse lejos del centro de accion que ofrece aquella, y del choque de intrigas ó de pasiones que alimenta.

Como quiera, en el naufragio general que sobrevino, lo último que pereció fué el teatro: cierto es que á él cundió tambien el contagio; pero al cabo le salvaron las circunstancias del mismo género. Él fué la última gloria de nuestra poesía; él y algunas obrillas épicas, tales como la Cristiada, escrita en Lima por el religioso sevillano Fr. Diego de Hojeda. En la lírica, ademas de Rioja y los que ya citamos, lucharon principalmente, conservando á la lengua y á la diccion poética toda su pureza, los Argensolas; y despues de ellos, aunque con menor severidad, su discípulo Villegas.

Mas así que los padres Gracian y Paravicino ayudaron á Góngora en la obra de la destruccion; cuando, por decirlo así, sobrevino el diluvio, ¿qué se habia

de presentar, que en mucho no fuese inferior á Góngora; que no fuese de dia en dia decadencia en la decadencia misma? *(Apéndice núm. 29.)*

Dijimos ya cuando hablamos de la decadencia latina, que las de nuestra literatura moderna no pueden ser tan universales ni duraderas. La nueva dinastía, y las doctrinas y tradiciones literarias del siglo de Luis XIV, que con ella vinieron, eran llamadas á reparar tanto desastre. No nació por cierto la reaccion ni en Sevilla, ni de ningun sevillano; fué su ilustre acometedor el aragones D. Ignacio de Luzan. Imitaron sus lecciones, mejorando sus ejemplos, el maestro Gonzalez, Cadahalso y D. Nicolas Fernandez Moratin, con otros varios. De Cadahalso debemos hacer especial mencion, como hijo de Cádiz, como restaurador de la poesía anacreóntica, y como maestro de Melendez; ni debemos omitir que, despues de legar á su patria glorias tan puras, murió por ella delante de Gibraltar, con la muerte de Garcilaso.

Las musas del Guadalquivir, asustadas entretanto, no se atrevian á aparecer. Visitaron aquel suelo, por singular coincidencia, el gran Jovellanos, Forner, y el Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete. Bajo la direccion del célebre Olavide, trabajaban en una especie de academia, y publicaban sus artículos y composiciones en un periódico. Semejante semilla, ni para estos ni para otros buenos estudios era perdida. Así, por ejemplo, nacia y se formaba en Sevilla el virtuoso traductor de los salmos y libros poéticos de la Biblia, el Sr. Gonzalez Carvajal, que acertó á hallar en la lira los divinos acentos del maestro Leon.

Pero habia de venir del cielo el divino rocío que quebrantase la dureza de la tierra, y la hiciese fructificar. Apareció Melendez, y apenas oyeran su divino

acento, que tanta analogía tiene con los escritores clásicos andaluces, como por encanto poblóse Sevilla de poetas, generosa descendencia de la antigua escuela, hoy ya mas numerosa que ella.

Hase solido acusar de exclusiva á la escuela sevillana; y de que nunca ha tenido por bueno sino lo que de su seno ha salido. Aparte del exclusivismo que es consiguiente al espíritu de escuela (que con algun mal han de hallarse compensados otros bienes), ni Herrera negó nunca lo que la suya debió á Garcilaso, ni la moderna ha contestado jamás la influencia que en su restauracion tuvieron Jovellanos y Melendez: sabido es ademas cuántos elogios prodigó siempre á Moratin. De ella vamos ya á tratar con especial atencion.

Una singular coincidencia colocó al frente de la moderna escuela sevillana, dos hombres eminentes como en la antigua; los cuales por encima de los demas descollaban. Era el uno mas semejante á Rioja: el otro, sin igualarse á Herrera en la espontaneidad, en la grandeza, ni tener el *os magna sonaturum* del genio, igualábale en la autoridad, porque no le cedia ni en virtud, ni en saber. La Academia comprenderá muy bien que en el succesor del padre de la poesía sevillana, me quiero representar al Sr. D. Felix José Reinoso: la plaza de universal maestro, no de una, sino de varias generaciones de poetas, ¿quién al Sr. D. Alberto Lista pudiera disputarla? De Reinoso, pues, la autoridad; en momentos aciagos y solemnes, la obligacion gloriosamente cumplida de defender á aquella comun familia: por último, en una sola vez, en que públicamente se anunció competencia, tambien habia de corresponderle el triunfo: triunfo, que siendo suyo, se aplaudió como de todos; y del cual, como si así debiera esperarse que sucediera, muchos años despues oimos hablar á Lista. El succesor

de Rioja cumple entretanto dignamente su destino. De limpia, pero pobre cuna, empleado en una profesion mecánica para buscar el alimento de su familia, suya es la iniciativa moral en los estudios y en las ideas de aquella Pléyada favorita de las Musas. No canta en verdad las ruinas de Itálica, pero canta á la Beneficencia sobre las del edificio de la antigua Inquisicion de su patria, en su magnífica Oda *el triunfo de la tolerancia*: en vez de la inimitable Epístola á Fabio, ved sus Odas filosóficas, *la felicidad pública, la gloria de los hombres benéficos, la epístola á Silvio en la muerte de su hija, el sueño del infortunio.* En vez de los cuidados de la *riqueza*, celebrará los dulces consuelos del *sueño*, y el lugar de las Silvas á las flores, lo ocupará la espléndida Oda á la vegetacion. No es mi ánimo, sin embargo, establecer comparaciones. Toda la ambicion poética del ilustre literato se ceñía á aparecer como un discípulo aprovechado de Rioja (1). Pero observe el entendido qué asuntos ha contrapuesto á los de Rioja, estudiando en ellos el gusto, y expresando las pasiones y las necesidades de la época: note que aunque Rioja es el fondo del estudio, tampoco están desechados los ejemplos de otros poetas, y sobre todo, que aspiró alguna vez á la gala y los tonos de Calderon; y cuando tenga presente

(1) «Mi modelo es Rioja, dice en el prólogo de sus poesías, edicion de 1837, y mi cuidado »al componer, ha sido siempre revestir con las formas, la expresion y el lenguaje de este »gran poeta, los pensamientos que la inspiracion me sugeria. En fin, he pugnado por reunir »en la versificacion muy variada en cuanto á los metros, la valentia y fluidez *de mi maestro* »*Rioja*, con el artificio admirable, y generalmente poco estudiado de los versos de Calderon.

»Tal ha sido mi sistema de poetizar, y en mi sentir todo mi mérito en esta parte podrá »consistir, cuando mas, en ser un *discípulo aprovechado de Rioja.*»

Tan modestas eran las pretensiones del ilustre escritor: la historia literaria dirá si las ha sobrepujado el éxito.

Ahora, para acabar de dar una idea de la naturaleza de sus estudios, creo que no debo omitir unas expresiones que yo mismo recogí de sus labios. En uno de los últimos años de su vida, aquejado ya de dolencias, y abrumado de ocupaciones, «vea V. cómo estaré, me decia, que *hace ocho dias que no leo á Horacio.*»—¡Cuántas lecciones no encierran para la juventud unas y otras palabras!

que este es el ejercicio de sesenta años, en que enseñando con la voz, enseñó tambien con el ejemplo, podrá calcúlar los títulos con que puedo yo reclamar para él la herencia del cantor de las ruinas, de la filosofía y de las flores, como gefe de la moderna escuela sevillana; y ademas la de Luzan, si bien con grandes creces mejorada, como preceptista de la literatura española en el siglo décimo nono.

Reinoso en tanto gime las perdidas glorias del Paraiso, y parece como que no puede cantar mas que á Dios, á las artes y á la amistad: inferior solo á Jovellanos como pensador y como hablista entre los contemporáneos, lega á su patria la obra mas importante de Derecho público que se habia publicado en ella en su siglo, y combate las invasiones de la revolucion sobre la justicia, así como defiende los intereses legítimamente creados á la sombra de aquella, contra la imprudencia y los furores de las restauraciones.

No se extrañe que involuntariamente los haya unido mi memoria. Prescindiendo de la deuda sagrada de gratitud que con ambos tengo, y que me complazco en reconocer y proclamar públicamente, tal fué la íntima union que entre ellos existia, que siendo los dos uno en vida, por acuerdo piadoso del claustro de la Universidad de Sevilla, en que ambos aprendieron y fueron profesores, yacerán en un mismo sepulcro, en cuanto me sea dado cumplir el piadoso encargo con que me ha honrado el Gobierno, de cuidar, en union con el digno Rector de aquella escuela, de que se conduzcan á Sevilla los restos mortales del Sr. Reinoso.

Pero la escuela sevillana tuvo todavía otros poetas, que no debo olvidar. Contó á su nuevo Arguijo en Don Joaquin Sotelo; tuvo ademas á Blanco, cuyas poesías no se han publicado, pero á quien Lista dedicó las suyas,

diciéndole estos tres versos que valen por todo elogio:

«Tú á sentir me enseñaste, tú el divino
Canto y el pensamiento generoso;
Tuyos mis versos son, y esa es mi gloria:»

á Arjona, el escritor de la Historia de la iglesia Bética, todavía inédita, y dentro de poco tal vez perdida; tan esmerado en la eleccion y en las combinaciones métricas de sus delicados versos: á Castro, el mas dulce, el mas amable y amado entre todos aquellos poetas: á Roldan, en fin, el vigoroso y católico comentador del Apocalipsis, cuya obra subsiste, aunque tambien sin haberse publicado.

Así, fiel á sus tradiciones, guarda la escuela sevillana las inspiraciones de Herrera. De los que han recogido su espíritu, nada puedo decir, porque viven muchos, y en la mayor parte están presentes. Séame lícito afirmar, sin embargo, que esta escuela no reside ya solo en Sevilla. Lista con su magisterio universal por España, desde Cádiz á Bilbao, la ha llevado por todas partes. Y esto, su confianza generosa en la juventud, y la extraordinaria flexibilidad de su espíritu, dispuesto siempre á acoger lo bello y lo grande, donde quiera, y como quiera que apareciese, así como son sus rasgos característicos, forman la mejor parte de sus glorias, y han sido sus mas poderosos medios de influencia. (*Apéndice núm.* 30). Discípulos suyos hay que la han llevado á América, plantando allí sus tradiciones; otros las han esparcido por toda Europa. Alguno, el Sr. Espronceda, arrebatado en flor, costó á su maestro lágrimas verdaderamente paternales. Tributemos, pues que no existe, este recuerdo á sus talentos y á tantas esperanzas malogradas!

En tanto que la escuela sevillana daba tales muestras de sí, otros puntos de Andalucía tampoco dejaban de acudir con el comun tributo á la literatura nacional. Así

el Sr. D. Javier de Burgos, ya con sus traducciones de los clásicos, ya con otras obras originales, reivindicaba los títulos que Granada tiene á la gratitud de aquella. Otros sugetos debiera nombrar, si no me lo impidiera el hallarse vivos, ó estar presentes. Callando sus nombres acaso se infiere agravio á la justicia; pero de cierto le sufren mayor mi amistad y mi gratitud, y aun añadiré que este discurso, porque tal vez en algunos halláramos la viva confirmacion de mis doctrinas.

Recapitulando ahora en uno mi pensamiento, diré que los poetas andaluces, que por sí no han desenvuelto la poesía en nuestra patria, ni una vez perdida, han intentado, ó por lo ménos conseguido su restauracion, dotados de verdadera inspiracion, que es general á todas sus provincias, pero no exclusiva en ellas, influyen con su índole particular en la literatura patria. Y para ello, deben en mi juicio destinguirse los sevillanos de los cordobeses, notándose diversos caractéres con tendencia especial en unos y otros. Los de Sevilla, por lo general, con mas gusto; los de Córdoba casi siempre con mas genio. Aquellos copian la naturaleza, y algunas veces la idealizan; estos toman por inspiracion su propia fantasía. Los primeros conservan, pulen, perfeccionan. Los segundos innovan, conmueven y engrandecen ó alteran. Canta la Musa sevillana á Dios, y las victorias de la patria, al amor y la naturaleza: es bíblica á veces, es esencialmente religiosa, melancólica y filosófica, pero con la filosofía que enseña á comprimir las pasiones: así es que huye de las sensaciones violentas, que pueden agitarla ó conmoverla: es tierna, mas no profunda: cultiva las pasiones llamadas deprimentes, no las excitantes; tiene el instinto de lo bello, y el cultivo religioso de las formas, en las cuales puede adolecer de amanerada; pero raras veces degenerará por sí en hinchada y ambiciosa.

La cordobesa cultivando tambien la forma, cuida mas del fondo, y en uno y en otra su principal condicion es la novedad. No profesa culto á lo pasado: el haber sido una cosa, es para ella razon de que no deba ser mas; así es que ni en sí propia admite tradiciones, ni ha pensado nunca, ni acaso querria reconocerse como escuela.

Su primera necesidad es la independencia: el cuidado de sus escritores, ser y aparecer dueños de sí propios, no el formarse clientela. Sin embargo, aun cuando ellos no hayan tenido pretensiones de dogmatizar, lo cierto es que siempre han hallado discípulos é imitadores. No se negará por cierto á Góngora el título de gefe de una escuela, ni sería dificil demostrar en escritores cordobeses de nuestros dias aquellos mismos caractéres.

La escuela sevillana no perderá la literatura, pero no la restaurará tampoco: los escritores cordobeses, mas proporcionados para alterarla, tal vez en circunstancias dadas, tuviesen fuerza para dirigir por buen camino á las letras decaidas, si bien nunca con el propósito de restaurarlas, porque las restauraciones son contrarias á su índole y á su genio. Y si se me pregunta cuál de estos dos caractéres ejerce mas influencia en el resto de Andalucía, diré, que en cuanto mi observacion alcanza, el de las demas provincias se asemeja mas bien al de la de Sevilla.

Mas este carácter, que he creido descubrir en su historia ¿durará todavía? En el giro que toma nuestra sociedad actual, atendida la rapidez y facilidad de las comunicaciones, y sobre todo, el movimiento que á los negocios imprime el mecanismo social, que hace afluir todas las fuerzas vitales al centro, mucho temo que estos caractéres distintos que he creido notar, se confundan y se pierdan. Temo digo; y esto explica mi manera de ver en esta cuestion.

Es un gran bien sin duda el de la unidad, pero todos los principios se pierden por la exageracion. De ahí es que (salva la unidad en la religion, en el gobierno y en la administracion), me aflige el ver que se debilitan y descoloran todos los caractéres locales, que constituyen la índole, y forman la fisonomía de los pueblos; porque creo que es un gran resorte para el gobierno, y aun para la existencia de los mismos, el que tengan espíritu propio y tradiciones é historia.

En suma: no sé si todo lo que he dicho es exacto: por lo que á mí hace, como verdad lo tengo. A vosotros, señores, corresponde el fallo, y yo aguardo sumiso vuestra decision.

Permitidme ahora, para concluir, que de nuevo recurra á vuestra benevolencia, pidiéndoos perdon, si la grandeza de mi asunto, tan rico en hombres, tan vasto en doctrinas, me ha hecho rebosar de los límites que me propuse, extendiéndome mas de lo que convenia á mi rudeza, y sobre todo, mas de lo que en la superioridad de vuestras luces necesitabais para juzgarlo.

Pero la Academia no ha puesto límite á sus bondades para conmigo; y yo en lo único en que me siento con fuerzas para poder corresponderle, es en pagar cada obligacion de este género que me imponga, con multiplicada usura de obsequioso, eterno, infinito agradecimiento.—HE DICHO.

Fermin de la Puente y Apezechea.



APÉNDICES.

Apéndice núm. 1.°

Cuestion es que debaten los críticos la de cuántos fuesen los Sénecas; con varias opiniones entre los que cuentan desde dos hasta cinco, y los que los reducen á uno solo. En cuanto á nosotros, ni creemos que se gana mucho en esta clase de cuestiones, ni tenemos por acertado que se desmientan, sino con la evidencia, tradiciones tan fundadas, como son las que distinguen al ménos á Séneca el filósofo, de Séneca el trágico y el orador. Ni, en suma, fuese la que fuera la resolucion, vendríamos á dar sino con un hombre de extraordinario ingenio, en quien cabian, y á quien eran familiares todos los géneros; ó bien con una familia en quien habria de ser tan perfecta la semejanza, tan completo el espíritu de escuela, que se habrian de encontrar todos sus escritores en la mas pasmosa coincidencia en doctrinas y opiniones filosóficas, y hasta en las palabras, en las frases y en el estilo para exponerlas.

Mucha parte de esto mismo hallamos tambien entre los Sénecas y Lucano, siendo fácil notar que de igual manera viven en los palacios de los Césares, que ora los elogian, ora ceden á sus pasiones y caprichos; hasta que por último rescatan aparentes ó efectivas debilidades, con una muerte digna, resignada y gloriosa.

Apéndice núm. 2.°

No fueron los Sénecas ni Lucano los que falsearon la primera piedra de los fundamentos del templo de la gloria literaria de Roma. Conmovíase ya al contacto de las manos de Ovidio, y mas todavía, de Fedro; y sin embargo, no fueron ellos tampoco los que la socavaron. El mismo Octaviano, que pretendió colocarla, cuando dió ocasion á que sus sucesores degeneraran en tiranos, cegó en mal hora los cimientos en que habia de descansar; de donde nació que en la propia elevacion de su obra, pusiese el principio de su ruina.

Apéndice núm. 3.°

¿A qué gloria aspiraba Séneca con sus tragedias? ¿A la de competir con los griegos? Pero para los griegos, la tragedia de Sófocles y de Eurípides, derivacion de las epopeyas de Homero, formaban parte, no solo de su historia doméstica, sino aun de su religion, pues eran el espectáculo siempre grande de la humanidad en sus relaciones con los dioses: sus héroes, hijos de estos, unas veces luchaban contra rivales dignos de sí, otras combatian en vano contra el inexorable fallo del Destino. ¿Qué tenia Séneca que á esto pudiera compararse?

Apéndice núm. 4.°

Puede verse en las obras de Séneca cuán inconsecuente es en sus ideas filosóficas. Profesando las ideas de la escuela de Zenon, témplalas con la de Platon, y sobre todo, tiende visiblemente á Epicuro. Monstruosa alianza á primera vista; pero, por lo mismo, natural y legítima en la época en que se hizo. Vivir para gozar: morir cuando gozar ya no se pueda: hé aquí toda la moral de la época. Con aquello se explican la adulacion y el vil asentimiento á los crímenes de Neron, establecidos como regla de conducta para medrar. Lo cual cuando ya dable no fuese, preciso era tener á la mano el medio de redimir la afrenta; y de aquí la apología del suicidio, y el propósito y el estudio de familiarizarse con él. Así la muerte nunca es para ellos el resignado sacrificio, que de la vida se hace en las aras de la religion ó del deber, sino el ostentoso triunfo del orgullo, que presume rescatar por este medio largas y antiguas humillaciones.

El filósofo la razona y justifica de esta suerte; el poeta trágico parodia sus raciocinios con otras no ménos crudas sentencias. De donde no puede ménos de resultar que las obras dramáticas carezcan de interes. Porque ¿qué interes ha de causar la muerte de Astianacte, que, niño todavía, salta y se precipita desde una torre, para recibirla mas pronto? ¿Ni qué compasion inspirará Polixena, que se arroja sobre una espada desnuda, y cae descompuesta sobre la tierra, dando en su abono la fria y frívola razon de que así lo hace para caer con mayor ímpetu, y hacer con el golpe mas pesada á Aquiles la tierra que cubre sus manes?

Apéndice núm. 5.º

Basta la simple lectura de estas tragedias para descubrir que, aunque dictadas por el mismo espíritu, y por tanto, hermanas en la realidad, al ménos bajo el aspecto en que nosotros las consideramos, ni son iguales en mérito, ni pueden ser todas parto de un mismo ingenio. A todas son superiores Hipólito ó Fedra, Medea y las Troyanas: de ellas, la primera y la última se atribuyen á Lucio Anneo Séneca el filósofo; quien asimismo, en concepto de algunos, es el autor de Agamenon: Medea, segun otros, ó acaso otra de este mismo título, es debida á Lucano; Hércules furioso y Thyestes son tenidas por de Marco Anneo Séneca, padre de Lucio. A Octavia, aunque inferior en mérito, repútanla por de Lucio Anneo; otros por de diversos autores; fúndanse en que, tratándose allí de la muerte de aquella princesa, no podia hablar de ella Séneca, que murió con anterioridad. Así, pues, unos pretenden que es de Lucio Anneo Floro; otros de Scevo Memor. La Phenisa, de escaso mérito, como inferior á todas, ni ha ocupado tanto á los críticos, ni ménos ha de fijar particularmente nuestro exámen, que tampoco podrá recaer sobre todas, porque no lo permiten ni la estrechez del tiempo, ni la amplitud de nuestro asunto.

Apéndice núm. 6.º

A una tragedia, Hércules furioso, contraerémos nuestras observaciones, que pudiéramos extender asimismo á las demas. El argumento no puede ser mas pobre, ni mas desnudo de moralidad. ¿Cómo explicar en efecto, por solo el odio de Juno, el repentino furor que sobrecoge á Hércules, cuando vuelto del Averno y liber-

tador de Teseo, encontrándose con la muerte de Lyco, la usurpacion de su trono, y la que se preparaba contra su tálamo, inmola á sus inocentes hijos y á su esposa, que tales muestras de fidelidad acababa de darle, conservando con noble entereza su integridad y el decoro de su nombre? ¿Qué amistad es la de Teseo, que no interviene para evitar tan horrendos asesinatos? ¿Ni cómo á los que contra el inocente semejantes furores agolpan y desencadenan, han de acatar por dioses los hombres? ¿Qué comparacion cabe entre el arte griego, que ahorra á los espectadores la vista del suplicio que á sí propia se infiere Yocasta, contentándose con anunciar que ha traspasado el umbral de la vida; y esa mujer y esos hijos sucumbiendo en la escena, aplastados bajo la clava de un furioso, cuyos transportes cesan en el mismo momento de consumarse tanto estrago, y que vuelto en sí, se deja persuadir de que basta para expiarlo, pasar á Atenas á purificarse de él? En verdad, ó no conocemos el corazon humano, ó dado caso de que hubiese público que pudiera resistir tan odioso cuadro, tan repugnante espectáculo (lo cual no nos atreverémos á negar, desde que hemos visto que hay gente que se lanza á los teatros á beber largamente el crímen, y aplaudir toda suerte de bacanales), aun ese mismo público hubiera prorumpido en los gritos de indignacion y de venganza, que con menor motivo hemos visto estallar alguna vez en ellos.

Mas para desenvolver este asunto ¡cuánto talento! ¡cuántas riquezas de poesía! ¡qué profundidad de máximas! Y á vueltas de ello ¡qué afectacion, qué juegos de palabras! ¡qué monstruo, en fin, de grandeza y de absurdo, en el fondo y en la forma! Tratarémos de acreditarlo con algunos ejemplos.

Horacianos verdaderamente, salvo algunos lunares, son los versos del coro primero de los tebanos, en que alaba la tranquilidad de una vida humilde, contrapuesta á los peligros y á la solicitud de la cortesana:

Hæc, innocuæ quibus est vitæ
Tranquilla quies, et læta suo
Parvoque domus, spes et in agris.
Turbine magno spes sollicitæ
Urbibus errant, trepidique metus.
Ille superbos aditus regum,
Durasque fores, expers somni,
Colit: hic nullo fine beatas
Componit opes, gazis inhians,
Et congesto pauper in auro est.
Illum populi favor attonitum

Fluctuque magis mobile vulgus
Aura tumidum tollit inani:
Hic *clamosi* rabiosa fori
Jurgia vendens, improbus iras
Et verba locat. Novit paucos
Secura quies, qui velocis
Memores ævi, tempora nunquam
Reditura tenent. Dum fata sinunt,
Vivite læti: properat cursu
Vita citato. . . . .
. . . .
At gens hominum fertur rapidis
Obvia fatis, incerta sui:
. . . .
Certo veniunt ordine Parcæ:
Nulli jusso cessare licet.
Nulli scriptum proferre diem:
Recipit populos urna citatos.
. . . .
. . . . alius curru
Sublimis eat: me mea tellns
Lare secreto tutoque tegat.
. . . .
. . . . certa sedet
Sordida parvæ fortuna domus:
Altė virtus animosa cadit.

Ejemplos pueden ser de pensamientos atrevidos los siguientes:

Utrinque montes solvit, abrupto objice,
Latam ruenti fecit Oceano viam
. . . .
Ars prima regni posse te invidiam pati.
. . . .
Quod Jovi, hoc Regi licet.

Immota cervix sidera et cœlum tulit;
Et me premetur.

Y de pensamientos filosóficos y profundos los que vamos á citar:

Pacem reduci velle, victori expedit,
Victo necesse est.

Quæritur belli exitus,
Non causa.

. . . . . Quod minus miseri volunt,
Hoc facilė credunt.
. . . . . Immo quod metuunt omnes.

Prona est timori semper in pejus fides.
Iniqua raro maximis virtutibus
Fortuna paret. Nemo se tuto diu
Periculis offerre tam crebris potest.

Quem sæpe transit cassus, aliquando invenit.

Y si se buscan pensamientos de mas elevada, y casi caritativa, y poco ménos que cristiana filosofía, aparte del verso que citamos por lo singular, pues pudiera parecer que alude á la muerte del Redentor del mundo,

Et mortis dominus, pertimuit mori,

tendrémos los siguientes:

Sequitur superbos ultor à tergo Deus.
. . . . toto Deus
Narratur orbe.

y el diálogo entre Lyco y Megara, cuando aquel quiere obligar á la esposa de Hércules á que acepte su mano, con el objeto de legitimar su usurpacion:

Lyc. Cogere.
Meg. Cogi qui potest, nescit mori;
Lyc. Effare, thalamis quod novis potius parem
Regale munus.
Meg. Aut tuam mortem aut meam.
Lyc. Moriere demens?
Meg. Conjugi occurram meo.
. . . .
Lyc. Cur ergo Regi servit, et patitur jugum?
Meg. Imperia dura tolle ¿quid virtus erit?
Lyc. Objici feris monstrisque virtutem putas?
Meg. Virtutis est domare quæ cuncti pavent.
Lyc. Tenebræ loquentem magna tartareæ premunt.
Meg. Non est ad astra mollis è terris via.

Como muestras de locuciones y de pensamientos hinchados y exagerados y falsos, pueden traerse entre otros los siguientes:

Luctifica, superbifica manu, etc.
Acrior mentem excoquat.
. . . .
Ut possit animo captus Alcides agi,
Magno furore percitus, nobis prius
Insaniendum est. Juno, cur nondum furis?

Durante el combate de Hércules con Lyco, única situacion ver-

daderamente dramática de la obra que analizamos, mientras se decide la suerte de una familia y del reino entero, Teseo cuenta con entera libertad y todo despacio la expedicion al Averno; y el auditorio tolera pacientísimo los ciento sesenta y cinco versos que tiene que recitarle, no solo para contarle el suceso, sino para describirle menudamente el *ignorado reino del espanto*. Otro tanto pudiéramos decir de casi todos los coros, que aun cuando á veces en el drama antiguo sustituyen al monólogo, siendo como el eco del pensamiento del personaje que está en escena, por lo regular se hallan fuera de la situacion y de toda verosimilitud. En Hipólito, por ejemplo, cuando la criminal pasion de Fedra es un secreto entre ella sola y su nodriza, y un secreto que se proponen guardar con la mayor reserva, el coro se muestra por demas enterado de confianzas que no se le han hecho. Hállanse tambien recargados de sobra de erudicion, achaque comun á todas las decadencias; y la mayor parte de las veces, sus versos, aun cuando sean bellos, ninguna relacion, al ménos directa, tienen con el asunto de que se trata.

Al hablar de Fedra, y aun cuando sea de paso, tengo por oportuno observar que hay en ella mas intencion dramática, y mejores situaciones que en Hércules furioso; pero que sin embargo, en lo general, parece ménos rica de poesía.

Apéndice núm. 7.°

Cierto es que Fedra conoce que debe morir; pero de esta amenaza usa para atraerse la complicidad de la nodriza: así es que desiste de aquella aparente resolucion, en cuanto obtiene el fin que con ella se proponia. ¡Qué diferente de Dido, que disfraza su propósito, por lo mismo que está decidida á consumarle, para que no la estorben arrebatarse la vida! Pero Hipólito es obra de un filósofo, y de un filósofo que apura la venenosa y fácil seduccion del deleite; que como base de todos los derechos sienta el de quitarse la vida, y que por tanto mira á la muerte como el término de todo, como la puerta de su soñada tranquilidad.

Apéndice núm. 8.°

Permítaseme que recuerde los varoniles versos en que pinta la degradacion de los tiempos:

Rupere fœdus impius lucri furor,
Et ira præceps: quæque succensas agit
Libido mentes: venit imperii sitis
Cruenta: factus præda majori minor,

. . . . . Pro jure vires esse.
Tum scelera, demto fine, per cunctas domos
Iere: nullum caruit exemplo nefas.

Y si se quiere formar idea de la corrupcion de Fedra, que en medio de su extravío, calcula con frialdad todos los resortes que ha de emplear, y todas las probabilidades de éxito, hé aquí cómo se anima á la culpable empresa:

Aude, anime: tenta, perage mandatum tuum,
Intrepida constent verba: *qui timide rogat,*
Docet negare: magna pars sceleris mei
Olim peracta est: serus est nobis pudor.
. . . .
. . . .
Honesta quædam scelera successus facit.

Apenas si siente alguna sombra de remordimiento, al descubrir el dañado pecho:

Vos testor omnes, cœlites, hoc, quod volo
Me nolle.

¡Qué bello es el verso con que contesta á la primera pregunta de Hipólito!

Curæ leves loquuntur, ingentes stupent.

Apéndice núm. 9.°

Lícito era á Lucano declararse adversario de César; pero no debió ser injusto con él, ni ménos calumniarle. ¡Y luego, para qué! Para que aparezca mas de relieve la verdad de los hechos, que brota por todas partes. Así es que desde el primer libro de la Farsalia, ¿qué digo del primer libro? desde las primeras páginas, se concibe para quién ha de ser necesariamente la victoria. Grave falta de consecuencia se ha cometido pues. Porque no es dado al escritor alterar los nombres de las cosas, ni la verdad de los hechos: como que las palabras son las ideas, pues con ellas se expresan, y aun por eso hay quien dice que han de pesarse como los diamantes; y los

hechos, las piedras miliarias que trazan la via, de la cual no es dado separarse al que ha de escribir la Historia.

Apéndice núm. 10.°

No sé por qué un crítico ilustre, Mr. Nisard, á quien ya he tenido ocasion de nombrar, en su excelente obra titulada «Estudios de costumbres y de crítica sobre los poetas latinos de la decadencia, pretende *que Lucano encontró intacta la hermosa lengua de Virgilio.*» Si el escritor se ciñera á decir que entre el cantor de la Eneida y el de la Farsalia, no habia mediado ningun poeta de primer órden, y que por tanto habian llegado á este, no solo recientes, sino directos y como de primera mano, los ecos y las tradiciones virgilianas, nada tendríamos que oponer. Pero ni dejó de haber poetas en el intermedio, aunque en verdad no dignos de interponerse entre ambos escritores, ni capaces de eclipsar los astros del siglo de oro de la romana literatura; ni, sobre todo, habia dejado de sufrir aquella sociedad una completa transformacion. Subvertidas hemos visto sus formas; trastornada su unidad; desquiciada su religion: ¿y habia de haber permanecido íntegro el lenguaje poético? Ya de la prosa confiesa el crítico francés, que ha sufrido hondas alteraciones, habiendo la frase de Séneca entrecortada, antitética, algunas veces profunda, y siempre llena de pretensiones y preñada de filosofía, sustituídose á la rotundidad de Ciceron, á la sublime sencillez de César, á la severa magestad de Salustio, á la culta tersura de Livio. Pero los Sénecas, entre otros, han sido tambien poetas, aun cuando no en el género de Virgilio; y si bien hemos encontrado en ellos alguna vez el sabor de Horacio, ¡á cuánta distancia no se hallan del gran lírico, eterno legislador del buen gusto!

Dígase, si se quiere, que abandonada la lira de Virgilio, porque en nadie ha habido ni títulos, ni aun atrevimiento para tocarla, no se sabe qué sonidos dará, cuando á pulsarla vuelva el elegido de las Musas. Pero no culpemos á este, si en ella notamos alteracion, hasta por el mismo desuso, y porque las auras encargadas de llevar sus sones, léjos de la antigua pureza, estan viciadas por extraños cuerpos y bárbaros sonidos.

Mas, dejando la alegoría, si resistirémos siempre con tenacidad la idea de que Lucano fuese el corruptor voluntario de la elegancia de la poesía latina, no es esto en manera alguna negar que á él estaba deparado el destino de influir gravemente en esta corrupcion,

que determinaron las causas que dejamos expuestas, y que él aceleró con todo el peso de su indisputable autoridad, y mas aún con el de su genio. En ello ha consistido su influencia; y esta influencia, léjos de pretender negarla, es cabalmente el asunto del presente discurso.

Apéndice núm. 11.°

Fácil sería amontonar ejemplos y comparaciones, de que ofrece muestras notables el ya mencionado historiador de la decadencia de la literatura de Roma. Pero entre todos, séanos permitido recordar los presagios que vé Virgilio de la muerte de César, y los que á Lucano anuncian la inminencia de las guerras civiles.

No puede ser mas completa la conviccion de que se ha aspirado á esta rivalidad. Pero esta no es solo en el asunto, no es meramente en el género: lo es tambien en los medios; lo es en la forma. El tono de Virgilio es el de deliciosa ternura: Lucano tomará el de la mas seca filosofía; aquel procede con sencillez y sin buscar efectos; este ahuecará la frase, y estudiará rasgos, y alambicará sentencias para producirlos. Describirá Virgilio, cuando lo pida su asunto, para darse á entender, y para hacer sentir; Lucano, para lucir erudicion y avasallar admiraciones: aquel respeta no solo la religion de su patria, sino hasta las tradiciones populares; este, que no cree en la religion, y destrona los dioses del Capitolio para levantar altares á la Fortuna, no puede sufrir que por nada ni por nadie se le dispute la palma de la poesía, y por tanto se tendrá por mas poético que las tradiciones, y las sustituirá con sueños y visiones de su propia cosecha. En fin, despues de haberlo tocado todo, y de en todo haber puesto alteracion y desconcierto, pensará que ha creado mucho, porque ha creado el caos; y en realidad, habiendo intentado una obra superior á sus fuerzas, con ser tantas, puede que no utilice la leccion del desengaño, pero de seguro no evitará la vergüenza del vencimiento.

Apéndice núm. 12.°

Hé aquí cómo pinta el estado de la sociedad, preparándose á los disturbios que son asunto de su poema, y que con su habitual exageracion, desde el primer verso, llama *mas que civiles:*

. . . . . . suberant sed publica belli

Semina, quæ populos semper mersere potentes.
Namque ut opes nimias mundo Fortuna subacto
Intulit, et rebus mores cessere secundis,
Prædaque et hostiles luxum suasere rapinæ;
Non auro, tectisve modus; mensasque priores
Aspernata fames; cultus gestare decoros
Vix nuribus, rapuere mares; fecunda virorum
Paupertas, fugitur; totoque arcessitur orbe
Quo gens quæque perit. Tunc longos jungere fines
Agrorum, et quondam duro sulcata Camilli
Vomere, et antiquos Curiorum passa ligones,
Longa sub ignotis extendere rura colonis.
Non erat is populus, quem pax tranquilla juvarat
Quem sua libertas immotis pasceret armis.
Inde iræ faciles; et, quod suasisset egestas,
Vile nefas; magnumque decus, ferroque petendum,
Plus patriâ potuisse suâ; mensuraque juris
Vis erat: hinc leges, et plebis scita coactæ;
Et cum consulibus turbantes jura tribuni:
Hinc rapti pretio fasces, sectorque favoris
Ipse sui populus; letalisque ambitus urbi,
Annua venali referens certamina campo:
Hinc usura vorax, avidumque in tempora fœnus,
Et concussa fides, et multis utile bellum.

Nada falta en este magnífico cuadro, ni los indicios de la corrupcion privada, ni los síntomas de la pública: los delirios de la ambicion sobreponiéndose á las leyes, el desórden descendiendo de lo mas alto de la gobernacion del Estado: finalmente, hasta los errores económicos, los políticos y los administrativos, que conspiraban de consuno para la subversion completa de aquella sociedad. Imposible es sondar con mayor conocimiento el cáncer que la devora, enumerando por su órden, hasta venir á la última, todas sus causas.

Apéndice núm. 13.°

Ejemplos del primer género de decadencia, ó mas bien de reaccion literaria, aunque diversamente justificados, pueden ser la que esperimentó España en el siglo décimo sétimo, y la que en el décimo octavo se produjo contra los alambicados conceptos y hojarasca de palabras del culteranismo.

A ambos géneros pertenece la de nuestros dias, ni del todo inevitable, ni en todo completamente justificada. Por lo primero ha penetrado en todas partes, y ni ha sido inútil, ni carecerá de consecuencias. Por lo segundo, no solo ha necesitado diques, sino que una vez encauzada, cada dia se elevan contra sus escesos nuevas

defensas, que pide la depuracion del gusto, é impone la mejora de los estudios.

Apéndice núm. 14.°

Fácil es notar en unos y otros escritores la exageracion, las hipérboles, cierto entusiasmo ficticio, una robustez agreste, que impone mas que satisface; la energía de las pasiones, expresada de una manera nueva, en un lenguaje hinchado, y con copia de metáforas, que no emplearon en Roma Horacio ni Virgilio, ni entre nosotros Leon ni Rioja. Hasta el desaliento moral, el tinte melancólico y el escepticismo de la escuela de Byron y Victor Hugo, parecen reflejo de los que iluminaban los tristes cuadros del trágico latino y del cantor de la Farsalia. Y no hay que extrañarlo; porque además de las analogías morales entre ambas épocas, que quedan indicadas en el texto del discurso, gastadas las antiguas sensaciones, y adoleciendo el cuerpo social de nuevos dolores, al paso que se habian de hallar nuevos ayes para expresarlos, era preciso descubrir nuevos resortes para interesar los corazones. Cuando los trastornos sociales han agitado profundamente los ánimos, y las desgracias públicas los llenaron de amargura, no se conmueven ya, ni vibran, sino al toque de sensaciones fuertes y dolorosas. Acostumbrados á la grandeza de los peligros, amaestrado el sufrimiento en la escuela del infortunio, apénas hay nada que los sorprenda; y por tanto, encuentran natural la exageracion, se gozan en el choque de las grandes pasiones, las cuales, lo mismo sus placeres, han de materializarse, por decirlo así, si han de causarles impresion. Ahora bien, cuando tal es el estado de la sociedad, no es posible que de ella disientan la inspiracion de sus poetas, ni el genio de sus filósofos. Una amarga resignacion agrada á Séneca, cuya filosofía pretende, aunque en vano, convertir en consuelos los dolores, y el fatalismo en un goce del alma desesperada.—Hinchado, pomposo, sediento de nuevas y extrañas locuciones, que correspondan á la grandeza de los sucesos que le inspiran, se muestra Lucano, cuando rodeado de la pompa del Imperio y de los grandes monumentos de su poder, no encuentra ya en la tierna sensibilidad de Virgilio, ni en la nativa sencillez de Homero, tonos bastante robustos para cantar los destinos del mundo, que del trance de una batalla tiene pendientes la Fortuna.

Esto mismo han hecho los poetas contemporáneos, cuando subvertida la sociedad, han visto por una parte derrocarse los tro-

nos, y perecer las nacionalidades, y por otra alzarse imperios, improvisarse dinastías; y que al mismo tiempo que obraba portentos el espíritu religioso, se negaba la existencia de Dios, y se proclamaba al hombre Dios de sí mismo. Absortos en la contemplacion de tanto absurdo y tanta maravilla, no han ido ellos á buscar la novedad; antes bien, lo que han necesitado es palabras y tonos nuevos para decir lo que veian: han acudido, pues, á imágenes y á sentimientos, que correspondiesen á la exaltacion de sus almas: han pintado con desusadas tintas el caos moral en que se hallaban, el vértigo que los envolvia; han creado, en fin, el *romanticismo*. El cual, como en efecto era la verdad de la situacion, y ni este estado fuese convencional, ni ficticio el entusiasmo, de aquí es que si muchas veces ha producido la corrupcion y el desvarío, otras ha dado lugar á grandes y felices inspiraciones.

Apéndice núm. 15.°

Obsérvense todos los escritos de los Godos hasta Isidoro Pacense, y no se echará de ver en ellos semejante novedad, por mas que la corrupcion del idioma del Lacio fuese ya harto notable. Aun en los cronicones del Monge de Albelda y del Obispo D. Sebastian, escritos en el siglo IX, subsisten todavía las declinaciones. Para citar ejemplos de lo contrario, y mas todavía para encontrar establecida como ley constante la inflexibilidad de las terminaciones de los casos, es preciso venir á los últimos años del siglo décimo, y buscar las pruebas en los documentos públicos de los siglos undécimo y duodécimo, cuando el romance vulgar empieza á mostrarse en ellos todavía informe y desaliñado, revuelto con la frase latina, y haciendo esfuerzos para emanciparse y conseguir una existencia independiente. Así, pues, en los reinados de Castilla, y mas particularmente despues de la conquista de Toledo por D. Alonso VI, fué cuando quedó definitivamente establecido que fuesen indeclinables los nombres.

Apéndice núm. 16.°

He dicho antes de ahora, que no es ni puede ser mi propósito trazar la historia literaria de Andalucía, empresa vasta, de cierto superior á mis fuerzas, y que, sobre todo, no es adecuada á la ocasion. Omito por tanto trazar un largo catálogo de poetas y es-

critores, cuyas obras no me son conocidas, especialmente en sus originales, y que por tanto no podría analizar literariamente. Podrá hallarle quien lo deseare, en las obras que tratan ó de escritores españoles, ó de la dominacion de los árabes en España, desde Cassiri y D. Nicolas Antonio, hasta los Sres. Gayangos y Lafuente Alcántara, apreciables escritores de nuestros dias. Puede consultar con particularidad, entre otros, la Biblioteca oriental de Herbelot, y el Ensayo sobre la poesía de los árabes por Asensio. Allí podrá formar idea el que lo necesite, de cuánto y cuán vario era ademas en las ciencias naturales y físicas, en las de observacion y aplicacion, el saber de aquellos escritores.

Apéndice núm. 17.°

Dos breves ejemplos, que cita Moratin, bastarán para dar á conocer la desigualdad con que escribia este poeta.

En la tragedia de la muerte de Ayax Telamon, compareciendo Ulises y Ayax para ser juzgados por los Reyes congregados, se expide esta singular sentencia, que no parece sino que el autor la ha descosido de algun proceso:

Visto todo lo alegado
De Telamon el valiente,
Y Ulises el elocuente,
Sobre lo que han demandado,
Fallamos: que á Ulises den
Las armas, porque es razon;
Y esto firma Agamenon
Diómedes, Nestor tambien.

Compárense estos versos con los lamentos con que Arcelina, escondida en la aspereza de los montes, deplora su suerte.

En estas malezas moro
Sola entre animales brutos,
Comiendo silvestres frutos,
Bebiendo el agua que lloro.
Paso el dia suspirando,
De ansias y recelos llena,
Revuelta en mi culpa y pena,
La noche en vela llorando.
Miro, ¡ay sin ventura! al cielo,
A quien enemiga soy:
Cuéntole el mal en que estoy,
Y no hallo en él consuelo!...

Es tal el temor que tengo,
Y el amor que en mi alma está,
Que acometo á ir allá,
Y queriendo ir, me detengo.
Con sobresaltos resuelvo
Esconderme en la espesura
Donde nada me asegura
Y á mi acerbo llanto vuelvo.
Del silbo del ganadero
Del canto del ruiseñor,
Del aire, si hace rumor,
Me sobresalto, y me altero.

Apéndice núm. 18.°

Hemos dicho que tiene el bachiller Francisco de la Torre grandes analogías con los sevillanos; y en efecto, nótese en primer lugar que en muchas de sus composiciones pinta exclusivamente la naturaleza; y si bien en algunas se advierten ciertos resabios de afectacion, el tono general es blando, armonioso y melancólico. Sobre todo, las canciones á la *tórtola* y á la *cierva*, bien pueden ponerse al lado de las silvas á las flores de Rioja (con serles estas superiores, como que no sufren competencias con ningunas), sin desmentir el parentesco. Y aun diré que si les fuesen anteriores, solo quiero pensar lo que serían, si tan tierno y melancólico poeta hubiera venido al mundo despues de haber abierto Rioja aquella via; en la cual, por el contrario, si entró este despues del Bachiller desconocido, ya que para mí no pierda nada el que como tan propia la usa, realzárase en tal manera á mis ojos el inventor de ella, que le tendría por uno de nuestros mayores poetas; así como hoy le tengo por de los mas delicados, y de quienes siempre recibí mas contentamiento.

¿De quién sino, parecen estos versos, dirigidos á la doliente cierva?

¡Ay, que la mano dura
Que tu nevado pecho
Ha puesto en tal estrecho
Gozosa vá con tu desdicha, cuando,
Cierva mortal, viviendo, estás penando,
Tu desangrado y dulce compañero,
El regalado y blando
Pecho, pasado del veloz montero!
Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde
Queda muerto tu amor, en vano dando
Términos desdichados á tu suerte!
Morirás, en su seno reclinando, etc.

¿No tiene sabor á Herrera este verso que entre otros muchos pudiéramos citar?

¡Estrellas hay que saben mi cuidado!

y el siguiente cuarteto:

«Salve, sagrado y cristalino rio,
De sauces y de cañas coronado,
De arenas de oro y de cristal ornado,
Y de crecientes con el llanto mio.»

Véanse tambien las bellísimas odas, *Viste Filis herida*, y *Sale de la sagrada*, y la bellísima combinacion métrica, ensayada con el verso suelto, combinado el quebrado con tres endecasílabos:

Tirsis, ah Tirsis, vuelve y endereza, etc.

Yo no sé de quién son estos versos; mas aunque el poeta canta al Tajo y sus arenas de oro, cada vez me afirmo mas en la conjetura de que sino de ninguno de los maestros, son de alguno de sus mejores discípulos, y de legítima descendencia de la mejor escuela sevillana.

Apéndice núm. 19.°

«Leyó Fernando de Herrera (dice una biografía contemporánea «suya) (1) con particular atencion, todo lo que la antigüedad ro«mana y griega nos dejó en sus mas corregidos ejemplares, y de «los autores posteriores, lo mas; porque supo la lengua latina y «griega con perfeccion, y las vulgares como los mas cortesanos de «ellas: tuvo leccion particular de los libros santos: supo las ma«temáticas y la geografía con gran eminencia: no fué ménos el «cuidado con que habló y trató nuestra lengua castellana.»—Tal preparacion tuvo para escribir: la que exige con tan sana filosofía Horacio, y de que tan poco suele cuidarse nuestra época.

Apéndice núm. 20.°

Al estudiar á Herrera, nunca puedo apartar de mi imaginacion

(1) Biografía de Fernando Herrera, el Divino, escrita por Francisco Pacheco en el siglo XVII, y publicada en Sevilla en la Revista Andaluza, tomo III, pág. 340.

unos versos suyos, en que, á mi entender, y sin que él lo sospechara, se retrató á si mismo. Son la primera estrofa de las dos que ocupa la magnífica comparacion del cedro del Líbano, en su cancion á *la pérdida del Rey D. Sebastian*. En ella se habla del secreto de su fuerza: se pinta su grandeza, su celsitud, su hermosura: se alude á la generacion de poetas, que bajo su sombra se cobijaron: en fin, hasta se dá idea, por las fieras que se albergaron en su tronco, de los que lo fueron verdaderamente en el campo de la literatura, prevaliéndose de la autoridad de su ejemplo, aunque en realidad desfigurándolo. Vamos á recordar estos versos: los que nos escuchan podrán juzgar de la exactitud que pueda haber en la comparacion.

«Tales ya fueron estos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, y hojas con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramas, con belleza;
Y extendiendo sus hojas, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo;
Y en su tronco las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y en hermosura
Jamas árbol alguno á su figura.»

Dejamos la estrofa siguiente para cuando de Góngora tratemos.

Apéndice núm. 21.°

En la bellísima elegia en que, recogido sobre sí, pinta la situacion de su espíritu, diciendo:

«Estoy pensando en medio de mi engaño
El error de mi tiempo mal perdido,
Y cuan poco me ofendo de mi daño;»

añade:

«¡Cuántas veces me diste al pensamiento,
Ocasiones de gloria, si yo osara
Valerme del horror de tu tormento!
Fuéme la suerte en lo mejor avara,
Sombras fueron de bien las que yo tuve,
Oscuras sombras en la luz mas clara.»

Levanta despues el tono el poeta, contemplando las mudanzas

del tiempo, recorre con valientes toques las páginas de la historia, y viniendo á la contemporánea, escribe estos versos con notables alusiones:

«No ha visto el que vé todo, inmenso cielo,
Empresa de mayor atrevimiento,
Mas firme corazon y sin recelo.
Contumaz y cobarde movimiento,
Furor plebeyo, y desleal nobleza,
Indigna de sufrir vital aliento.
¿Dó está la fé que á la Real Alteza
Debes? ¿A dó huyó de tu memoria,
A dô la religion y su firmeza?
¿Piensas ó esperas alcanzar victoria
Contra Dios? Contra el Rey? ¡Oh intento ciego!
Digno de vituperio y no de gloria.
. . . .
Apresurar el paso á su destino
Veo las cosas todas, y en mi pecho
Hacer los pensamientos un camino.
No puedo aunque procuro, á mi despecho,
Librarme de ellos. . . . .
. . . .
Oso temiendo, y con el mal porfio!

Sigue indicando las tempestades que combaten su alma, la lucha de su razon, y por tanto, del deber, contra su voluntad:

«¡Quién pudiera tener siempre á la mano
De la razon, la voluntad perdida,
Sin que temiera su ímpetu liviano!
¡Varias revueltas de confusa vida,
Dejadme respirar de mi deseo,
Dejadme ya curar esta herida!»

Y véase aquí como intenta la curacion; y cuán insignificante contra tan acerbas inquietudes, y cuán costoso para nuestra literatura es el remedio:

«Que todo cuanto pienso y cuanto veo
Es dar aliento á la amorosa llama,
Dar vigor sin provecho al devaneo!»

Luego él se fatiga en amar; busca en vano actividad á su espíritu, que distraen otros cuidados, *políticos*, (permítasenos la conjetura) pues que no son cuales los tiene el vulgo de los hombres:

«¡Dichoso aquel á quien jamas inflama
Vano amor, *ambicion*, y lo que *adora*
Y teme el vulgo incierto, teme y ama!
El mira de la sacra excelsa cumbre
Los que erramos: . . . .

Tal es Herrera! Respetemos el secreto del grande escritor, que *nunca trató de vidas agenas, ni se halló donde se tratase de ellas* (1); y recordando que no escribimos su biografía, ni aun tratamos como principal propósito de sus obras, sírvanos de excusa en esta digresion el haber procurado explicar con ella un hecho que importa á su gloria y á nuestra literatura.

Séame lícito deplorar aquí la pérdida de la mayor parte de los escritos poéticos de este gran ingenio, y el agotamiento de sus obras en prosa, que han sido impresas, así como la carencia de las que aun permanecen manuscritas. De las que escribió se dá razon en la biografía que de él escribió el ilustre pintor y humanista del siglo XVII, Francisco Pacheco, á la cual hemos ya aludido, y que estuvo inédita hasta que en 1841 la publicó en la Revista Andaluza nuestro malogrado amigo el Sr. D. Juan Colom y Colom. Este habla de la escasez que hoy se tiene de las obras de Herrera, las cuales, al decir de Rodrigo Caro, tan competente en la materia, *son de lo mejor que hay en nuestra lengua.*

Apéndice núm. 22.°

Para conocer á fondo los fundamentos de esta opinion, que es universal en cuantos humanistas han estudiado nuestra literatura, no puedo ménos de referirme á la autoridad del mas ilustre de los discípulos de Rioja, del sabio académico, cuya memoria recordamos hoy, del Sr. Lista. Véanse sus interesantes artículos ya citados, y otros insertos en los mencionados Ensayos literarios y críticos: véanse tambien las exquisitas observaciones, que en el artículo tercero de la preciosa introduccion con que encabeza la coleccion de poesías selectas castellanas, escribe con no menor autoridad otro insigne poeta y digno académico, el Sr. D. Manuel José Quintana, que dice: «*Rioja, igual en talento á Herrera, y superior en gusto*»; corroborándolas con el juicio crítico que hace de las obras, por desgracia harto escasas, de Rioja.

Apéndice núm. 23.°

Nadie diria sino que la *Epístola moral á Fabio*, llena de celestiales consuelos, y que encierra mas tesoros para la vida, que

(1) Pacheco, en la biografía citada.

todos los escritos de los pretendidos reformadores de la humanidad, fué escrita por Riojá en el intermedio entre la desgracia de su protector, que le envolvió en su ruina, y el nuevo y justificado favor que, para honra del Monarca que le dispuso, y desagravio de las letras castellanas, le trajo á la direccion de la Real Biblioteca:

. . . .
« El ánimo plebeyo y abatido,
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso,
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.
Mas triunfos, mas coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.
Dejémosla pasar, como á la fiera
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes sus riberas.
Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.
Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Austria fué, cuanto regia
Con su temida espada y fuerte lanza.
El oro, la maldad, la tirania
Del inicuo procede, y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud, ó en qué confia?
Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea. . . . .

¡Qué principios de dignidad y noble independencia contienen y expresan blandamente aquellos delicados versos, no siempre bien comprendidos!

Mas precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas; mas sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
Que agradar lisonjero las orejas
De algun príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

¡Vanidad de la vida, que no dá un paso que no se precipite hácia la muerte! ¿Y quién podrá nunca olvidarte, si se acuerda de estos versos, ni traerlos á la memoria sin recordarte?

«¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?
Como los rios en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.»

Véase cómo caracteriza la simplicidad, como compañera de la virtud; cómo encomia las ventajas de la medianía; la de vivir, y aun la de morir ignorado:

«¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!
¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano, ambicioso y aparente!
Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres, solo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.
No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.
Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.
En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado:
Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal transparente y luminoso.
Sin la templanza, ¿viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta.
No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor; que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.»

Y por fin concluye de esta suerte:

Ya dulce amigo huyo, y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Ven, y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.»

Perdóneseme la cita. En esta composicion aparece Rioja como no suelen los poetas de su escuela, no solo admirable por la poesía

del estilo, sino por la riqueza del fondo. No sabemos que se pueda estudiar nunca mucho modelo tan por demas perfecto y acabado.

Apéndice núm. 24.°

A pesar de toda la belleza y correccion de los versos de Arguijo, no se puede permitir que prevalezca la opinion que alguno ha expuesto, de que, acercándose al estilo de Herrera, deben ser preferidos á Rioja. Como comparacion entre ambos, puede establecerse la del principio de la cancion á las Ruinas de Itálica con los dos siguientes cuartetos, que son de un soneto de Arguijo á Sagunto. Es de los nuevamente descubiertos:

«Este soberbio monte y levantada
Cumbre, ciudad un tiempo, hoy sepultura
De la grandeza, cuya fama dura
Contra la fuerza de la suerte airada,
Ejemplo cierto fué en la edad pasada,
Y será fiel testigo á la futura,
Del fin que ha de tener la mas segura
Pujanza, vanamente confiada.»

No es decir que estos versos no sean dignos; pero tambien es cierto que no pueden sostener la competencia. Verdad que se escribieron primero, y esto es mucho.

Apéndice núm. 25.°

Así dice á Píramo, jugando con una palabra en un soneto, por lo demas, bellísimo:

«¡Pronóstico infeliz! ¡Presagio duro
De infaustas bodas, si ordenó con ellas
Que un *túmulo*, por *tálamo* escogiera!»

A Julia, hija de César y mujer de Pompeyo:

«Tú sola el *istmo* de estas ondas eras;
Mas acabó la fuerza del Destino
Vida que tantas *muertes* excusaba.»

Y á Polymnestor, que mató á Polidoro:

«Nueva venganza le previene el Cielo;
Porque de una mujer la débil mano
Hará que su castigo *vea sin ojos.*»

Finalmente, se lee en otro soneto á Venus:

«Asi el *pesar* con la razon descrece,
Desesperado el bien.»

Pero perdónesenos la ingrata tarea de buscar lunares, donde es tanta y tan universal la belleza. Es, sin embargo, mi deber advertir los pasos que va dando nuestra literatura, y no ménos volver por el crédito de Rioja; que esto tienen las críticas que no son justas.

APÉNDICE NÚM. 26.°

Creemos que se nos perdonará la cita de algunas estrofas de Pedro Soto de Rojas en su égloga *Marcelo y Fenixardo:*

«Vente, hermosa pastora,
Vente á los anchos horizontes mios,
Que miden fuentes y terminan rios;
Y si tu luz los dora,
Tendrán al sol por su pequeña aurora.
Vente, que en sitio alegre
Tengo una granja junto al Bétis sano,
A quien cuidan los cielos de su mano;
Y hacen la mas alegre
Que hay de Pirene al Calpe, y Duero al Segre.
Su fábrica eminente
Al Mediodía ostenta al sol su seno:
Al Aquilon se cubre, y al ameno
Bétis mira al Oriente:
Al mar de Cádiz deja al Occidente.
Señorea elevada
Cercados ricos, campos deleitosos,
Pastos á los ganados provechosos:
De inundacion guardada;
Que está del rio á un alto retirada.
Haràla paraiso,
Si la pisa, tu planta generosa:
No huyas, no, mi canto desdeñosa,
Que imitaré tu aviso
En líquida corriente á Cipariso

Ofrece darle piedras preciosas, todas riquísimas; sabrosas frutas, escogidos manjares. En la descripcion de estos varios objetos

ostenta acaso excesivo fondo de erudicion; ¡pero cuánto lujo de poesía! Podrá el lector juzgar por las siguientes muestras: dice así á Fenisa:

A tus honestas faldas
Se vendrán los claveles vergonzosos,
Los nevados jazmines olorosos,
Y las retamas gualdas
De que tus manos tejerán guirnaldas.
. . . .
Haréte una barquilla
Con que pises alegre el Bétis claro,
Pues has de ser de sus pilotos faro,
Cuya mojada quilla
Por abrazarte besará la orilla.
. . . .
Gozarás de la guinda
El acedo sabor que limpia el gusto,
La de semblante garrafal robusto,
Y cereza que alinda
A la color del que con Baco brinda.
Y la fruta que engendra
El armenio albarcoque mas temprano
Será tierra del cielo de tu mano,
Aunque te dé en su cendra
La blanca plata de su dulce almendra.
Tendrá tu mesa llena
En ancho plato la ciruela breve,
Cana la endrina, entre raspada nieve,
La sana damacena,
Y la oblongada que en los dientes suena.
La cermeña olorosa,
Que de los gustos símbolo parece;
La pera que hortelanos enriquece,
Y la manzana hermosa,
Que imita en los colores á la rosa.
Daránte los panales,
Fábrica dulce de la enana abeja,
En fecunda preñez la miel bermeja,
Y la blanca en cristales,
Pacida entre floridos romerales.
Al durazno abrigado,
Y generosa albérchiga madura
Podrá poner tu gusto la postura,
Y antes que el sol dorado
Gozar la higuera en fruto duplicado.
Las uvas moscateles
Y las albillas, ambar en racimos
De sus panales pámpanos opimos:
. . . .
. . . .
Si de la patria olvido
Necesitares, con mejor reposo

Te le dará que el Loto mentiroso,
El melon escogido,
Que escribe su nobleza en su vestido.
La zamboa bien quista
Mónstruo en el ser, en el obrar notable,
Confortará tu corazon amable,
Haciéndote conquista
Del olfato, del gusto y de la vista.
La granada avarienta,
Te dará la riqueza que atesora,
Y el prudente moral la dulce mora,
Cuya color sangrienta
La tragedia de Tisbe representa.
Entre juncos iguales
Blanca manteca la vecina villa:
Córdoba la aceituna manzanilla,
Sevilla desiguales
Gigantes reinas, niñas imperiales.
De su piel despojado
Entre el añejo vino, en vaso hermoso
Melocoton te serviré sabroso,
Que, despues de cortado,
Sangre derrama en su color dorado.
Desnuda y sin camisa,
Bien que casta nadante en linfa pura,
A tomar de tus labios su dulzura
Vendrá la almendra lisa,
Con blanco orgullo derramando risa.
Y tambien si quisieres,
Mientras la hormiga entre la tierra escarba,
Ladron con llena troj de agena parva,
Verás la rubia Ceres,
Que entre sus risas te dará placeres.
Verás en el Otoño
La tebana Alcitóe desgreñada,
Y al pie del árbol de Minerva echada,
Mientras llega el retoño,
Con nueva hoja y pámpano bisoño.
Gozarás el membrillo,
Que al sol se viste, y se desnuda al hielo,
La olorosa camuesa sin recelo,
Y el pero del Castillo,
Que de mirarte se pondrá amarillo.
En la solar panera
Los negros higos, las pasadas uvas,
A Baco antiguo en adobadas cubas,
Y ausentes de su esfera
La traviesa avellana y nuez parlera.
Tendrás para tu agrado
El piñon, ántes preso que lascivo,
Blanda azofaifa, de principio esquivo,
El madroño encarnado,
Y en vino el orejon azucarado.

La nispola y la serba,
Que cada cual presume lo que tiene,
Vendrán á que tu gusto las estrene,
Olvidando la yerba
Que en su vejez su madurez conserva.
De la oliva opulenta
Gozarás el aceite pegajoso;
Y si el sentido tiendes codicioso,
Verá en bodega exenta
A Baco, que de cólera revienta.
Cuando se enoje el cielo,
Y el campo ostente su verdor nevado,
Para ser de tus miembros el traslado,
En las faldas del hielo
Verás dormido el fácil arroyuelo.»

No citamos mas; porque habríamos de citarla toda. Véase el *Parnaso español, tomo IV, página* 296.

Apéndice núm. 27.°

No son comunes los versos cortos de Herrera; pero en unas composiciones de este género que tenemos á la vista, si bien hay rasgos que descubren la mano del autor, en general son indignos de ella, porque son falsos, por concepluosos y metafísicos. Empiezan así:

«Hermosos ojos serenos
Serenos ojos hermosos,
De dulzura y de amor llenos,
Lisonjeros y engañosos;
Quien no os vé pierde la vida,
Y el que os vé halla la muerte;
Mas quien muere de esta suerte
Cobra la vida perdida.
Cuando veros merecí,
Tan contento me hallé
Con el gozo que sentí,
Que todo el mundo olvidé.
Y viendo tanta belleza,
Fué tan grande mi placer,
Que vivo ya sin mas ver,
Con extremo de tristeza.»

No creo que es necesario continuar la cita. Es verdad que despues añade:

«Soberbio en el pensamiento
De estar en vuestra memoria,
Solo me acaba la gloria

De pensar en tal tormento.
. . . .
Torno siempre de mi pena
Al descanso de miraros. . . .»
. . . .

Pero ¡qué inmensa distancia entre estos versos y las odas; y aun entre ellos y las elegías!

Apéndice núm. 28.°

Servia en Oran al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trescientos Zenetes eran
De este rebato la causa,
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas:
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas;
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
«Salid al campo, señor,
Bañen mis ojos la cama,
Que ella me será tambien
Sin vos campo de batalla.
Vestíos y salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo
Pues mi llanto no os ablanda,
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.»

Viendo el español brioso
Cuanto le detiene y habla,
Le dice asi: «Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya;
Vaya á los moros el cuerpo
Y quede con vos el alma;
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.»

El otro, ¿cuál ha de ser, sino el de Angélica y Medoro?

. . . .
Todo es gala el africano;
Su vestido espira olores,
El lunado arco suspende,
Y el corvo alfanje depone.
Tórtolas enamoradas
Son sus roncos atambores,
Y los volantes de Venus
Sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,
Vuela el cabello sin órden,
Si lo abrocha, es con claveles,
Con jazmines si lo coge.
Todo sirve á los amantes;
Plumas les baten veloces
Airecillos lisonjeros,
Si no son murmuradores.
Los campos, les dan alfombra,
Los árboles, pabellones,
La apacible fuente, sueño,
Música, los ruiseñores,
Los troncos les dan corteza
En que se guarden sus nombres,
Mejor que en tablas de mármol,
O que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra,
Ni blanco chopo sin mote:
Si un valle Angélica suena,
Otro Angélica responde.»

Quien esto hacia, ¿qué necesitaba alambicar conceptos, ni hacinar extravagancias, á trueque de parecer original, y de pensar y decir al reves de lo que todos en el mundo dicen y piensan?

¿Ni á qué buscar ejemplos de semejantes dislates, para profanar este recinto, haciéndonos cómplices del intentado suicidio de esta

gran inteligencia poética, puesto que nunca pudo ahogarse, nunca dejó de arrojar destellos, que rompian é iluminaban la estudiada oscuridad de sus cuadros? Recordad sus famosas *Soledades*, y á poco que podais detener la vista en ese laberinto, encontraréis las huellas del genio. Pero ¿qué digo, encontrar las huellas? Por ventura, aun en medio de todos esos absurdos, ¿no se vé un gran abuso sí, pero de un talento mayor que el abuso mismo?

APÉNDICE NÚM. 29.°

Recogemos la indicacion que hicimos para ahora, cuando hablábamos de Herrera. Represéntasenos la literatura de Góngora y sus imitadores, como aquel altivo cedro, que se sublimó á sí mismo con ciega presuncion. Ni las causas ni los efectos han podido ser, ni mas terribles, ni mas semejantes. Puede juzgarlo la Academia:

Pero elevóse con su verde cima
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima:
Por eso Dios le derribó deshecho
A los impios y agenos entregado,
Por la raiz cortado:
Que opreso de los montes arrojado
Sin ramas y sin hojas, y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruina y ramas cuantas fueron
Las aves y las fieras se pusieron.»

APÉNDICE NÚM. 30.°

Sirva como prueba de esta flexibilidad de la razon eminentemente progresiva del Sr. Lista, la acogida que en los últimos años de su vida dió á las teorías que sobre el Derecho penal publicó el malogrado é ilustre Rossi. Este sistema contradecia otras doctrinas aprendidas por Lista, maduradas por su razon, y conservadas con cariño. Véase, sin embargo, el juicio crítico que escribió de la nueva obra, y se formará idea de aquellas cualidades tan sobresalientes de su espíritu.

En cuanto á su confianza en la juventud, todo lo esperaba, todo lo queria de ella. ¡Ojalá acierte la misma á justificar tan generosos

deseos y paternales esperanzas, así como ha acudido solícita á derramar piadosas flores sobre el sepulcro del ilustre Maestro! (1)

(1) Véase la CORONA POÉTICA que le dedicaron diversos escritores, y la interesante biografía que la precede, escrita por el Sr. D. José Fernandez Espino.

11 bis

CONTESTACION

AL ANTERIOR DISCURSO,

POR EL EXCMO. SR.

D. JOAQUIN FRANCISCO PACHECO.

Señores:

En el acto solemne que celebra hoy delante del público la Real Academia Española, el primer sentimiento que nos anima á todos sus individuos no puede ménos de ser un sentimiento de dolor. Vuélvense naturalmente nuestros ojos al lugar que encontramos vacío, y que ocupaba ántes un tan distinguido compañero; y angústiase nuestro corazon, cuando contempla que no ha de escuchar otra vez la inteligente y simpática palabra, de la que hemos recibido los más enseñanza y preceptos, todos sin escepcion consejos saludables y pruebas inequívocas de sincera y benevolente fraternidad.

Pero á esa triste, desconsoladora idéa, sigue muy luego otra de satisfaccion y de esperanza. Tambien se cumple aquí la ley general de la creacion, que enlaza el nacimiento con la muerte, como dos puntos correlativos en el grande hecho de la existencia. Donde falta el varon insigne, cargado de años y de gloria, manantial de experiencia y de profundas observaciones, luminoso destello, por decirlo así, de una generacion

que pasa; allí viene á sentarse el jóven, lleno de confianza y de vida, modelo de aplicacion y de severos estudios, que simboliza una parte, y no la ménos apreciable, de la generacion que entra lozana á desempeñar la taréa literaria de nuestro tiempo. Al fruto que maduro cae, sucede la flor, que promete á su vez otros nuevos frutos. Al escritor eminente, que nos envió Sevilla, en los principios del siglo décimo-nono, para que repitiese de cerca á nuestos oidos la bella, limpia, inolvidable frase de Rioja, llega á reemplazar treinta años despues otro escritor que tambien Sevilla nos envia, á fin de que no se rompa esa cadena de buen gusto, en aquella ciudad mejor que en otras partes conservada, ni falte entre nosotros un vivo y constante eco de las tiernas melodías de Luis de Leon y del santo Juan de la Cruz.

La Academia habia estimado buena esa descendencia, legítimo ese reemplazo; y el discurso que acabais de escuchar, tan nutrido de hechos, tan empapado de buena crítica en su fondo, tan puro, tan castizo, tan español en su forma, viene á ser en este dia la irrecusable comprobacion de aquel juicio. Quien os ha presentado un cuadro tal sobre el permanente, no desmentido carácter de los poetas andaluces, y sobre la influencia que siempre ejercieron en la literatura patria, bien deja hechas sus pruebas para sentarse entre vosotros, y para ser tenido por digno representante de un pais, que si no le vió nacer, le ha amamantado, le ha criado, le puede contar de seguro entre sus hijos mas amorosos y mas fieles.

Encargado yo, señores, de responder á ese discurso; comprometido á hablar sobre esta misma materia, tan propia de nuestros trabajos académicos; no puedo ménos de resentirme de la violenta estrechez que por

precision aqueja al que se conoce desigual para una obra de tanta importancia, sobre todo cuando acaban de emplearse las mismas idéas que bullian en su espíritu, y que, ordenadas con algun esmero, habria podido en otro caso extender, y presentar á una reunion tan respetable. No debiendo renunciar á ellas, adoptar otras doctrinas, mentir diferentes convicciones, por el estéril placer de contradecir aquello que cree; quédale únicamente el recurso de recorrer de nuevo un campo ya explorado, y de espigar con mano avara las desperdiciadas riquezas, que en medio de una cosecha tan abundante hubiese dejado caer el primitivo colector.— Por fortuna, esa abundancia era tal, que sobraria aún materia para muchos y diversos discursos, como quisiese y pudiese estudiarse con detenimiento el asunto que nos ocupa: — la historia literaria, la historia poética, sobre todo, de aquella célebre region que se dilata desde el Guadiana hasta las Columnas de Hércules, comparativamente á lo que han sido la Literatura y la Poesía de nuestra España, con sus tendencias propias, con su marcha característica, con su peculiar y distintivo sello.

Vosotros conoceis esa region. Habeis descendido las ricas faldas meridionales de Sierra Morena, pisado las orillas del Guadalquivir, respirado los perfumes del azahar, sentido en vuestro pecho la vivificadora accion de aquel sol esplendoroso. Recordais la vega de Granada, los verjeles de Córdoba, la ribera de Sevilla; y tambien las nieves eternas del Mulhaacen, y los incomensurables abismos de Ronda. ¿Qué necesidad pues tengo yo de deciros que la Poesía es natural, es espontánea, es indispensable bajo semejante cielo; ni que las formas de esa Poesía han de distinguirse por la lujosa exhuberancia, que es el carácter universal de la creacion en un pais tan privilegiado?

Sé muy bien, señores, que el sentimiento poético cabe en todas las latitudes y en todos los climas; porque donde quiera puede haber, ora belleza que nos arrastre, ora grandeza que nos subyugue. Mas si la belleza y la grandeza están repartidas por el mundo en desiguales proporciones; si ostentan, sobre todo, varia y diferente índole; si se revisten con diversa forma en una que en otra rejion; vuélvanse los ojos á aquella de la cual vamos hablando, y júzguese de buena fé si pueden encontrarse otras muchas, en donde se reuna tan abundantemente todo lo que encanta á los sentidos, todo lo que vivifica á la fantasía, todo lo que sublima á la inteligencia.

Pero no nos limitemos á la contemplacion de la naturaleza material. Pasemos de ahí á la observacion, al exámen de los hombres que pueblan aquel territorio; y fijémonos en la antigua y permanente raza, tan despierta de ingenio como indolente para otras faenas, que desde los tiempos primitivos viene ocupando sus valles y sus llanuras, y absorviendo y confundiendo en sí á todas las otras, ya setentrionales, ya meridionales, que han puesto el pié dentro de sus límites. Interróguese por donde quiera á aquellas gentes del comun, tan desprovistas de instruccion, tan reducidas á lo que las han hecho el suelo que huellan, el ambiente que respiran, la luz que las envuelve; y seguro es que nos admirará del propio modo tanta riqueza de imaginacion y de gracia como hallaremos en todas partes, unos tesoros de tan buena ley, rociados, casi pudiéramos decir despreciados, sin el sentimiento ni la conciencia de su alto y distinguido valor. Y depende esto, señores, de que existe, como ha existido siempre, plena correspondencia y perfecta armonía entre aquel pais y sus habitantes: de que la belleza y la galanura que señalan al primero,

se reflejan como en un cristal purísimo en el espíritu de los segundos, y brotan de sus labios en inagotables raudales de una Poesía pintoresca y ardiente.

Esto nos dice la mas exquisita observacion: esto nos confirma por su parte la historia de todos los tiempos. Si la inspiracion poética ha sido en otros paises, ya un accidente de la naturaleza, ya un adorno de la sociedad; en nuestra Andalucía española, comparable bajo este concepto con la Grecia antigua, no solo constituye el necesario carácter de la una, sino que fué asímismo el primer albor y el hecho fundamental de la otra. Cuenta de allí la fábula que Orféo levantaba muros con los sonidos de su canto: refiere de aquí la historia que eran cantos tambien, que estaban escritas en verso las leyes de la Turdetania, y que esas leyes existian, con seis mil años de antigüedad, en aquel pais apellidado los Campos Elíseos por las mas remotas generaciones.—Rebajad, señores, lo que quisiereis de esta aseveracion: acortad cuanto os parezca ese centenar de siglos; siempre tendreis un segundo ejemplo de la tradicion griega que acabo de citaros: siempre vereis á la Poesía naciendo con el pueblo, como su habla propia, ordenando la ciudad, consagrando los lares y la patria, siendo á la vez la cuna, el testimonio, y la razon de una cultura que asombra al espíritu, cuando se detiene á contemplar lo que de hecho debió ser, y lo que hubiera sido no contrastada en sus naturales y legítimos adelantos.

Pero las invasiones extrañas, el choque y el triunfo de otras culturas ajenas, cegaron de todo punto la corriente de tan magestuoso rio. Los fenicios y los rodios, primero, grabaron en nuestro pais la férrea marca de su actividad, fundando colonias en sus costas: los cartagineses le saquearon despues como unos bandidos: los romanos le impusieron su yugo, y le ataron por últi-

mo al carro de su gloria y su poder. En medio de torrentes de sangre, y bajo una atmósfera de servidumbre, desapareció la civilizacion turdetana; como se extinguió su idioma, como feneció la historia misma de aquellos venturosos y memorables tiempos. Cuando Estrabon conservaba en la frase que hemos citado el postrer recuerdo de aquella época expirante, ya los descendientes de Argantonio vestian la toga del Lacio, ya eran gobernados por el procónsul, ya dejaban llamar á sus ciudades Colonia Patricia en lugar de Córduba, Colonia Augusta Firma en lugar de Ástigis, Colonia Romúlea en lugar de Híspalis. Viriato habia llevado á su tumba la nacionalidad turdetana, como la de todos los pueblos de la península ibérica.

Sin embargo, señores, no habia concluido en Andalucía, en la Bética, por mejor decir, aquel genio poderoso, que, como he observado ántes, brotaba de sus fértiles llanuras, bajo el influjo de su sol, y en el regazo de sus auras. Roma podia dar su lengua, é imponer sus leyes á los turdetanos; mas no tenia fuerza para destruir su instinto, para arrancarles el carácter que habian debido á Dios y á la naturaleza, para borrar el sentimiento poético tan primitiva é indeleblemente grabado en lo mas hondo de su ser. En aquella lucha de dos siglos pudo morir, y murió de hecho una civilizacion entera: el pueblo á quien se arrancaba quedó de pié en medio de la ruina, con las ricas dotes que le habian distinguido de antemano, y que deberian distinguirle en todos los tiempos, porque formaban su natural, ingénito carácter.

Así, apenas puede decirse terminada en la Turdetania la laboriosa obra de la adopcion del lenguaje latino, de la plena y cómpleta aclimatacion de aquella nueva cultura, cuando vemos á sus hijos elevarse sobre

el mas alto nivel en la que era entónces capital del mundo, y disfrutar de una gloria que ningun poeta compartirá con ellos en el inmenso estadio del poder romano. Duerme la Grecia entónces, como asombrada de que pudiese existir una literatura aparte de las tradiciones y del idioma homéricos: duerme Italia á la sombra del laurel de Virgilio, no arrebatado por nadie del borde de su tumba: el Oriente y la Galia dormian tambien, envilecido el primero con su eterna y cada vez mas baja servidumbre, vacilando la segunda entre los recuerdos druídicos no bien acabados, la dominacion latina apénas asentada, y la amenaza germánica, que ya se levantaba pavorosa sobre las ondas del Rhin y las cimas de los Alpes. El fuego sagrado, agonizante en las orillas del Tíber, brotaba solo en las del Bétis; pero con desusados resplandores que debian iluminar al mundo.

No necesito detenerme en largas consideraciones acerca de la familia de los Sénecas. Acabais de oir sobre la pléyada de poetas que llevan ese ilustre nombre, y sobre el mas grande de todos ellos Lucano, cuanto puede decir un severo, concienzudo é imparcial exámen. Acabais de escuchar una merecida apreciacion de sus dotes, de sus excelencias, que eran verdaderamente suyas y de su pais; de los que pueden llamarse sus defectos, que, si efectivamente lo son, éranlo tan solo de la misma época en que brillaban. Conforme de todo punto con ese juicio, serán muy breves las palabras que me permitiré añadir á semejante cuadro.

Es una injusticia, señores, de la moderna crítica, no siempre acertada ni filosófica, la de llamar degeneracion y decaimiento, en la literatura y en las artes, á lo que no es sino la marcha natural, forzosa, del espíritu humano, necesitado por una parte de cosas

nuevas, incapaz por otra de contentarse en tiempos de mas ilustracion con algo parecido á lo que le satisfacia en los de ignorancia y sencillez. Así como se modifica cuotidianamente el idioma, así como cambian las idéas, así como progresa, ó por lo ménos se agita cuanto constituye la sociedad; así tambien es una ley de la literatura la de moverse por caminos análogos, y la de no permanecer estadiza, ni aun en el punto en que la colocaran los ingenios mas eminentes. Solo las obras de Dios son siempre bellas, apareciendo unas propias: las de los hombres, en la imperfeccion de su orígen, llevan el gérmen y la necesidad de esa variacion constante, que, á pesar de todos los esfuerzos, ha de señalarlas. ¿Sabeis lo que seria preciso para que se fijase de todo punto un sistema poético, para que hiciese alto y permaneciese en una determinada situacion cualquier idioma? Pues nada ménos habriais menester, sino que pereciese la sociedad que usaba este segundo, y que habia dado vida á aquel primero: nada ménos, sino que una habla nueva, sino que una poesía diferente vinieran á reemplazar en el activo mundo de las realidades, á lo que relegabais al mundo de los recuerdos y de la historia. Si el griego y el latin, si las literaturas de Aténas y de Roma son en la actualidad idiomas y sistemas invariables, no penseis que en otra cosa consista sino en que pasaron aquellos pueblos, y en que fenecieron las civilizaciones de que los unos y los otros eran expresion. Mas en tanto que aquellas sociedades vivieron, en tanto que cualesquiera otras duren y subsistan, su inteligencia, su espíritu, marcharon y marcharán con el mismo paso; y tan insensato será el quererlos detener con una cadena de leyes y de prohibiciones, como lo seria el pugnar por echarla á la vida especial de un individuo, ó

el empeñarse en detener el tiempo, ese gran nóvador de todo lo criado, de todo lo existente.

No es decir esto, señores, que no puedan caer las literaturas y los idiomas, ora en enfermedades, ora en decrepitud: la misma semejanza que les hallamos con nuestro propio y humano sér, indica bien claro cuál estimamos en esta parte la verdadera, inconcusa doctrina. Mas guardémonos de juzgar con ligereza sobre tal punto: no atribuyamos á corrupcion cualquier desvío de las primitivas formas: temamos sinceramente calificar como deterioro lo que es solo el desenvolvimiento natural de una vida, que adelanta en sus naturales condiciones. El hombre adulto no tiene la morbidez de contornos que distingue al adolescente; pero sus músculos mas recios y señalados poseen sin duda la belleza enérgica y viril, que corresponden á su edad y á su destino. De la misma suerte, la frase cortada y áspera de Tácito no es la redonda y fluida de Ciceron: pero ¿quién dirá, á pesar de todo, que el historiador de Tiberio sea ménos grande, ni su obra ménos insigne ó ménos bella que la del acusador de Catilina?

Pues bien: eso es lo que no se debe nunca perder de vista, cuando se habla de los Sénecas y de Lucano: eso, lo que conviene tener presente, no solo para apreciar su mérito de escritores, sino aun para estimar tambien el valor intrínseco de sus poesías. —¿Decís que son oscuros? ¿Qué sabemos nosotros sobre la verdadera claridad de un lenguaje, que hace mas de mil años dejó de existir como vivo y popular, y que nos hemos empeñado en estudiar y en imitar únicamente por los autores de un determinado período? —Decís que son declamadores? Y ¿cómo querriais que no lo fuesen, escribiendo bajo la mas estúpida tiranía que han

presenciado los siglos, cuando Calígula nombraba cónsul á su caballo; cuando Neron, por el deleite de verla arder, incendiaba á la capital del orbe?—¿Los acusais de filósofos? Por ventura, ¿qué es la Poesía sin la instruccion, sin la ciencia, cuando ya ha pasado el fugitivo instante de su inocente virginidad?—¿Culpais la tendencia descriptiva de sus inmortales obras? Y ¿no es acaso la descripcion el necesario carácter de esa segunda edad, en todas las literaturas existentes? ¿no significa la madurez del pensamiento, que, despues de admirar y de referir, necesita penetrar y conocer en todo lo que le rodéa?

Déjese de censurar por tanto á los insignes Poetas cordobeses del Imperio, con el espíritu mezquino que en lo general ha inspirado sus críticas. Declamadores y oscuros al modo de Tácito, descriptivos como por ejemplo lo son todos los grandes ingenios de nuestro siglo décimo-nono; ya hemos dicho que nadie les disputó, que nadie compartió con ellos el laurel de la gloria, y no á la verdad en el modesto recinto de una provincia, sino en la corte de los emperadores, en la ciudad que era señora del universo romano. Los Sénecas nos han dejado en fin las únicas tragedias de la literatura latina; tan bellas cuanto puede serlo una poesía académica, y no espontánea, escrita para la meditacion y el deleite de los lectores instruidos, y no para la representacion escénica, delante de un pueblo, que buscaba en el Circo sus verdaderos asuntos trágicos: Lucano, niño todavía, entonaba su epopeya de un nuevo género, si ménos pura artísticamente, mas interesante, mas propia de su siglo, mas popular y mas filosófica á la vez que la del Cisne de Mantua. No me señaleis, vuelvo á deciros, en ella ni incorrecciones de plan, ni defectos de ejecucion: señaladme solo quien

muriendo de veinte y siete años haya legado á la inteligencia un recuerdo mas rico, una joya mas preciosa; y entónces tendréis razon para investigar esos defectos y esas incorrecciones, que miéntras tanto ni admito ni discuto.

Sin embargo, señores, es indispensable hacer una confesion para terminar esta materia.—Si al aclamar el orbe entero los mas grandes de sus poetas á nuestros compatricios, era ciertamente el triunfo que obtenian una gloria española, turdetana; los resultados de ese triunfo, el impulso dado á las letras, la marcha en que se las hacia entrar, nada de esto constituia para nosotros una herencia propia, nada quedaba limitado á los aledaños de nuestra Península: todo era universal, romano, como eran universales, y comprendian el mundo aquel imperio de que eran súbditos nuestros ascendientes, aquel idioma que se hablaba en las márgenes del Nilo y del Danubio como en las del Bétis y en las del Tíber. Vencíamos en una contienda general, y sin duda era nuestra la corona; pero no podíamos decir otro tanto ni de las armas con que se ganara, ni de los resplandores que de ella habian de irradiar sobre tantos y tan diferentes pueblos.

Paso, señores, respecto á la civilizacion goda, que no puede darnos materia en este interesante asunto. La monarquía que lleva ese nombre encierra un período completo; mas período de transicion, que no corresponde ni á la edad antigua ni á la edad moderna, en el que todo es á un mismo tiempo informe y degenerado, decrépita infancia donde no fué jamás posible una literatura vigorosa. Añadid á ello que los godos, desde la misma Tracia, habian abandonado su idioma, para hablar un dialecto latino, corrompido y grosero; que era tambien latin lo que se hablaba en la Bética, y

casi puede decirse en la España toda; y sacareis en conclusion que solo pudieron ser escritos de baja latinidad, y no verdaderamente gótico-españoles, gótico-turdetanos, los que dieron á luz Leandro, Fulgencio é Isidoro, esas tres lumbreras de una familia, que ilustra en el sétimo siglo la region de cuya historia poética nos ocupamos en este instante.

Mas la jornada de Jerez habia puesto fin á la dominacion de los sucesores de Alarico. Deshecho su poder, los escasos restos de aquellas tribus tártaro-germánicas vinieron á confundirse y á perderse en los diversos pueblos de la raza española. El torrente meridional, que corrió á grandes oleadas sobre nuestro suelo; los esfuerzos de restauracion que ajitaron sus provincias del norte; aquella confusion, aquel desgarramiento, á pocos otros comparables; todo arrojó nuestra desgraciada patria en un verdadero cáos intelectual, donde era forzoso que se extinguiese cuanto podia quedar en ella de su literatura y sus artes anteriores. El idioma mismo tenia que fenecer, como feneció, en medio de tan general ruina.

Este cáos, sin embargo, habia de ser fecundo. De su oscuridad, de sus horrores, debia nacer á raudales la nueva luz. Á la civilizacion que terminaba, estaba escrito que sucediesen civilizaciones lozanas y brillantes. Al degenerado latin de los godos tenian que reemplazar otros sonoros y enérgicos idiomas: á su facticia literatura, otras literaturas de mejor ley, que tuviesen delante de sí un largo y glorioso destino.

Tres grandes estados, tres poderosas nacionalidades hubieron de dividirse la Península, á consecuencia de los acontecimientos que acabamos de indicar. La nacionalidad árabe-española, que tomó su asiento, y echó hondas raices en la Andalucía, moderno nombre de la

antigua Bética: la nacionalidad ibero-lemosina, que apoyada en el Pirinéo marchó poco á poco por Navarra, Aragon y Cataluña, hasta venir á los muros de Granada en la persona de Fernando el Católico; y la nacionalidad gótico-cantábrica, llamada castellana despues, que desde Covadonga, en donde la salvó Pelayo, se adelantó á Toledo, conquistó mas tarde á Sevilla, y absorvió en sí, al cabo de ocho siglos, toda la suerte y toda la civilizacion de las Españas.

No puede ser mi ánimo, señores, el recorrer sucesivamente, ni aun con la mayor brevedad, el campo de esas tres literaturas. Reclama hoy solo tal distincion la de nuestros paises meridionales; y nada tengo por consiguiente que deciros ni del Poema del Cid, ni de los cantos de Ausias March, y de los trobadores de este lado del Pirinéo. Córdoba, Sevilla y Granada, con sus poetas árabe-andaluces, con ese nuevo aspecto, con esa variante de su genio literario, es lo que se presenta ahora á nuestros ojos, y lo que demandaría ciertamente una voz mas segura de lo que puede serlo la que escuchais con tanta dignacion.

Tampoco á mí me es dado comprender el bello y pintoresco idioma, que nos trajeron de Damasco los conquistadores del mediodía, y que fué por muchos siglos el habla de nuestros abuelos; y sé, además, aunque lo comprendiese, que los grandes tesoros de aquella civilizacion han desaparecido por su mayor parte, abrasados en las hogueras que encendia y avivaba el fanatismo. Mas, aun prescindiendo de las escasas noticias directamente venidas á nosotros por algunos apreciables escritores, que han merecido bien de aquella literatura, hay otros datos por los cuales podemos comprenderla, como que facilitan su clave al hombre observador, ya que no le pronuncien sus mismas palabras.—Contem-

plad por un lado lo que eran las artes en aquel pais; y deducireis el genio y la índole de su Poesía, la primera de todas: fijad vuestra atencion en los nuevos tonos que adquirió la castellana, luego que ocupamos aquellos reinos; y podreis calcular qué desconocidos elementos vinieron á derramar sus riquezas en el gran depósito de la civilizacion triunfante.

¿No recordais, por ventura, la Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, el Alcázar de Sevilla? ¿No habeis reparado en aquellos arcos, en aquellas filigranas, en aquellas tintas, en aquellos encajes, que inventó y ejecutó el ingenio árabe-andaluz? ¿No ha llamado vuestra atencion aquella gallarda imajinería, que encontramos allí primitivamente, y que vemos despues copiada y transportada sobre las catedrales góticas, y las obras del renacimiento? Y ¿no os dicen bien claro toda esa gala, todo ese lujo, todo ese brillo tan oriental, tan suntuoso, tan desemejante á la índole de las rivales civilizaciones;—¿no os dice, repito, lo que era en sí verdaderamente la andaluza; no os descubre el carácter de su Poesía; no os revela el secreto de su ser, el misterio de sus encantos?—Si el Partenon explica á Sófocles, si el Colosséo traduce en piedra á Virgilio, ¿cómo no ha de verse en los grandes monumentos que cité mas arriba, la índole del canto que se elevaba de las márgenes del Genil y del Guadalquivir, en medio de aquellas mares de delicias de Zahara y del Generalife?

Considerad por otra parte el estado de la Poesía castellana ántes y despues de la conquista de aquel territorio. Haced memoria de su dureza, de su rijidez, de su encojimiento, aun habiendo llegado el lenguaje al alto esplendor que ostenta en los libros de D. Alfonso el Sabio. Pues bien: hemos ocupado á Córdoba,

y ya podemos tener un Juan de Mena: hemos plantado la cruz sobre las Alpujarras, y ya pueden exhalar nuestros cantares los sentimientos mas delicados, y revestirse con las galas mas fantásticas, en el Romance morisco, que es el primero de los romances todos.

Yo siento, señores, que la extraordinaria abundancia de nuestro asunto apénas haya permitido al nuevo y digno compañero que acabais de escuchar, el bosquejaros con lijeras pinceladas la gran figura de Juan de Mena. Quizá reclamaba mayor espacio, mayor atencion, el insigne Poeta que inaugura entre nosotros el siglo décimo-quinto, y que descuella como un coloso sobre los muchos estimables ingenios de la corte de D. Juan de Castilla. Hay algo de Dante, hay no poco de Lucano, en el Laberinto, del cual todo el mundo recuerda varios episodios, y que, para bien de las letras españolas, deberia ser mas conocido y mas estudiado de lo que generalmente lo es. Porque, dejando aparte la estructura de su copla, monotona por su índole, y no siempre bien acentuada para nuestros oidos del siglo décimo-nono; es lo cierto que ni en la diccion, ni en el estilo, ni sobre todo en la entonacion grandilocuente que campéa desde el principio al fin de aquella obra, en nada de esto tiene Juan de Mena igual ó semejante entre sus coetáneos, ni aun entre sus succesores, y es necesario atravesar casi dos siglos, y llegar á Fernando de Herrera, para encontrar algo que continúe aquel sendero, y se eleve á semejante majestad.

Y en cuanto al Romance, señores; si para hablar de él oportunamente, si para exponeros las ideas que se ajitan en mi ánimo sobre ese género español, nacido del pueblo, y llevado á una perfeccion asombrosa por nuestros grandes escritores, tendria necesidad de un tiempo de que no puedo disponer, y de una paciencia

de que no debo abusar; por lo ménos habeis de permitirme que os presente en observaciones ligerísimas lo que no es lícito dejar olvidado, cuando se trata de la Poesía árabe-andaluza, y cuando se inquiere su influencia en la Poesía universal española.

No voy á pretender de ningun modo que el Romance sea primitiva y exclusivamente meridional: fáltanme para ello los oportunos datos, y confieso que pudieran presentárseme en contra tales argumentos, á los que no sabria qué responder. Pero si la forma externa del Romance no es de todo punto morisca, su espíritu, su tono, las idéas á que se le consagró, la civilizacion que en él hubo de pintarse, no cabe la menor duda en que fueron los de aquel bello pais, que las armas de Castilla acababan de conquistar, que sus guerreros contemplaban con satisfecho orgullo, que admiraban sus vates con amoroso asombro. Como ha sucedido mil veces en el mundo, la inteligencia vencida se hacia dueña de la fuerza vencedora; y el pueblo expirante legaba lo mas bello de su civilizacion al pueblo que le habia arrebatado su patria y su porvenir.

«Comenzaron aquellos,—dice, hablando de los Romanos moriscos un distinguido escritor (1), á cuya autoridad no iguala ninguna otra en esta materia, y que la Academia Española tiene la fortuna de contar en su seno:—comenzaron aquellos en el siglo XV: en el XVI y parte del XVII llegaron á su apogéo, ya revestidos de la pompa oriental, que aceptamos de los árabes (de los andaluces) directamente. Luego que nuestros caballeros y poetas vieron el pais libre de sus contrarios, se apoderaron con frenesí de los recuerdos que nos dejaran; de suerte que al leer los cantos de aquel

(1) El Sr. D. Agustin Duran, Romancero general: Observaciones sobre los Romances moriscos.

tiempo, nadie creeria que los moros no ocupasen la España, y no la poseyesen aún. Las guerras, los combates, las fiestas, los juegos, los amores, los celos y las pasiones, la expresion de los sentimientos y de las idéas, las galas, los trajes, y hasta los nombres; todo, todo en los Romances moriscos es una escena completa, un retrato vivo y brillante, un espejo fiel de aquellos recuerdos, que los moros nos dejaron, partiendo á los desiertos de Berbería, y que, amalgamados con los elementos de nuestra antigua civilizacion, formaron el sistema poético popular, que predominó en España desde las tres últimas décadas del siglo XVI hasta el último tercio del siguiente. Aunque los asuntos de estos Romances fuesen finjidos, su espíritu era la misma verdad.... Allí se conoce desde luego que se imita, no ya un modelo extraño é indirecto, sino una segunda naturaleza, creada por la combinacion de elementos que existian aparte: allí se ve la manera con que se modificaron é influyeron uno en otro dos pueblos diversos, dos razas que muchos siglos se combatieron, mas que habitaban el mismo suelo sobre que guerrearon, y que, á su pesar, y aun sin conciencia de ello, confundian y aunaban sus diferentes civilizaciones.»

Es excusado, señores, añadir nada á semejante cuadro. La índole de la Poesía árabe-andaluza, su influencia sobre la castellana, están aquí dibujadas de mano maestra, y con una perfeccion á que seria desacato añadir el mas ligero toque.

Despues de este importante suceso, de la definitiva incorporacion de nuestras provincias meridionales en la gran monarquía española, innecesario es decir que no han desmentido aquellas sus eternos antecedentes, y que han llevado adelante su poético renombre, con una gloria que nada puede eclipsar ni poner en duda. Sin detenerme en los interesantes análisis que habeis

escuchado, y aun sin volveros á recordar esa larga, brillante cadena de escritores que han visto la luz del otro lado del Guadiana, séame suficiente citar á Fernando de Herrera y á D. Luis de Góngora, para haceros conocer todo lo que debe el Parnaso español á la Musa del mediodía; y toda la influencia que ha ejercido el genio andaluz en esta vastísima literatura, que no se encierra solo en nuestros límites peninsulares, sino que se dilata desde el Pirinéo hasta los últimos confines del mundo trans-atlántico.

Y no cito precisamente estos dos nombres, como podeis conocer, ni porque la fama de ellos haya sido superior á toda otra fama, ni porque la perfeccion de las obras que los llevan al frente, las haga incomparables con cualesquiera otras obras del mismo género. Ha habido y hay nombres mas repetidos, mas mimados de la fortuna, que tambien es dios en el mundo literario: ha habido ingenios dotados indudablemente de mejor gusto, y cuyas producciones señalará como mas correctas una severa crítica: lo que no ha habido desde Juan de Mena acá es otras personas, que se ocuparan mas asidua y constantemente en la elocucion poética de nuestro lenguaje, ni á quienes ella deba más, ya en verdaderos adelantos que al célebre vate de Sevilla, ya en un cáos de adelantos y de retrocesos, de perfeccion y de desolacion, que al no ménos célebre vate de Córdoba.

He aquí, señores, lo que distingue, en mi modo de ver, á la Poesía andaluza, desde su union con la general castellana: el haber sentido, el haber conocido mejor que ninguna otra, la necesidad de una diccion que la caracterizase, el haber trabajado para formarla, el haber dado el ejemplo, por no decir impuesto la ley, á todos los escritores de las demas provincias.

Esa obra tan digna, tan importante en donde quiera, pero mucho más en los paises donde domina la forma, donde la Poesía es por lo comun exterior, donde no puede ser compensado el prosaismo de aquella por la grandeza de los pensamientos, de los caractéres y de los sucesos á que se consagre; esa obra, en que la concepcion es ya un triunfo, en que la consecucion es uno de los mas altos que puede obtener el genio; esa obra ha sido intentada y llevada principalmente á cabo entre nosotros por Juan de Mena, por Fernando de Herrera, y por D. Luis de Góngora, todos tres andaluces, todos tres nacidos á las orillas del Bétis, en aquella Turdetania que conservaba sus leyes en verso tres mil años há, y donde hace mil y ochocientos brillaron los poetas del siglo de Neron, los Sénecas y Lucano.

El tiempo me falta, señores, y no puedo detenerme á manifestar todo lo que debe la elocucion poética castellana á los tres grandes ingenios que acabo de citaros. Básteme deplorar que háyamos perdido tan buena parte de lo que la adelantó Juan de Mena en su famoso Laberinto, eterna desesperacion bajo ese punto de vista de los poetas modernos, y cuyo abandono es el cargo mas grave contra los introductores de la manera italiana: básteme consignar el imponderable mérito con que restauró todo lo posible de su obra el divino Herrera, restituyendo á nuestra Musa el vigor, la armonía, la pompa, la riqueza, la entonacion, que nadie le sospechaba, y que hacia exclamar entusiasmado al gran Lope de Vega con aquellos acentos de asombro que se han transmitido hasta nuestra edad: básteme referir por último el triste caso de un ingenio no menor que los otros dos, pero que arrebatado por un soplo de orgullo, y no queriendo ser el segundo en

ninguna via, se lanzó frecuentemente por una despeñada, en la que nos dejó como ejemplo tantos portentos admirables, y tantas ruinas desastrosas: grande en su belleza, cuando es bello, sobre toda ponderacion; grande en sus miserias, cuando es miserable, mas allá de todo lo que concibe el entendimiento humano.

Aquí, señores, pongo fin á esa confirmacion que habia pedido á la historia, de lo que nos inspira en su primer aspecto el exámen de la naturaleza y de los pueblos andaluces. Eso basta para mi propósito, sin necesidad de ocuparnos en nombres y en obras mas recientes. Lo que se repitió por el largo período de tresmil años, no dudeis que habrá seguido repitiéndose despues, y que se repetirá en tanto que duren aquella tierra, aquellas flores, aquel ambiente, aquel sol, aquellos habitantes.

Dios, que reparte los bienes del mundo; Dios, que dilató como un mar inmenso los arenales de la Libia; Dios, que envolvió en sus nieblas, como en un sudario, á la antigua Albion; Dios fué quien arrojó sobre las provincias meridionales de España esa varia y ostentosa vestidura, que las engalana como para un espléndido festin, y quien puso en el corazon de sus moradores la chispa de ardoroso ingenio, que hará brotar constantemente de sus labios fúlgidos raudales de armonía. Si por acaso anhelais hallar un espíritu profundo, que os patentice las cavernosas miserias del corazon humano, que os conduzca á la torre de Ugolino, ó al banquete de Macbeth, no le busqueis en ese bello pais de que venimos hablando, y cuya poética inspiracion nos ocupa en estos momentos. Seria un acaso milagroso que le encontrárais: donde debeis buscarlo es en las islas del polo, en las cuevas del Ape-

nino. Aquí es otra Poesía la que podeis buscar, otra la que siempre ha existido, otra la que perpetuamente hallareis: Poesía exterior, de forma, de brillo, de espansion; Poesía que no encierra esos volcanes; Poesía que se complace en la dulzura, en la luz, en el deleite, un poco quizá mas de lo justo en la amplitud, en el número, y en la arrogancia; Poesía, que aun para morir, cuando de morir se trate, preferirá al fragor del trueno, y al terrible golpe del rayo, el canto de las sirenas, y el sepulcro de hojas de rosa en que envolvian los Césares á sus convidados en la capital del antiguo mundo.

No sé, señores, lo que pensareis vosotros; pero yo doy gracias á Dios de haber puesto mi cuna á la sombra de aquellos naranjos, y bajo la espléndida bóveda de aquel cielo.